

**Catequesis
preparatorias
para la
Jornada
Mundial de la
Juventud
(Madrid 2011)**

Catequesis preparatorias

El objeto de la catequesis es favorecer el reconocimiento de la pregunta religiosa como cima de la experiencia humana como tal. Ser hombre se identifica con la pregunta por el significado de la vida, por el infinito. Todo hombre responde de alguna manera a dicha pregunta. Por eso todos los hombres son compañeros de camino.

Preparación pastoral para vivir la Jornada con Jesucristo

Claves para aprovechar al máximo el evento

¿Qué es la JMJ?

La Jornada Mundial de la Juventud es un acontecimiento eclesial, en el que se expresa de un modo extraordinario la fe en Jesucristo.

Es un encuentro festivo: los jóvenes muestran el dinamismo de la Iglesia y dan testimonio de la actualidad del mensaje cristiano.

Es signo de la comunión eclesial: jóvenes de todo el mundo, asociaciones, comunidades, grupos y movimientos diversos se reúnen en torno al Papa y los Obispos, unidos por el mismo amor a Cristo y a la Iglesia y por su misión en el mundo. En la Jornada Mundial de la Juventud la comunión eclesial se expresa y se fortalece.

Es, por tanto, anuncio claro, directo, entusiasta, de la fe de la Iglesia en Jesucristo.

Objetivos pastorales de la JMJ

Los objetivos de la Jornada Mundial de la Juventud son claros:

- favorecer el encuentro personal con Cristo, que cambia la vida;
- vivir la experiencia de ser Iglesia católica, como misterio y comunión;
- tomar conciencia más clara de la vocación de todo bautizado, llamado a convertirse en misionero;
- redescubrimiento de los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía, que fortalecen la vida cristiana.

Se trata, pues, de fomentar la adhesión a Jesucristo vivida en la Iglesia con tal entusiasmo que se desborda en fiesta y en impulso misionero.

Preparación catequética

"Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe". El lema de la JMJ en Madrid 2011 recuerda la necesidad de que todos nuestros pensamientos, emociones, criterios, iniciativas, aspiraciones, toda nuestra vida tenga sus raíces, que le den alimento y firmeza, en Jesucristo. Sólo él nos hace crecer y madurar; sólo de Él esperamos nuestra plenitud como personas.

Con las catequesis que se proponen queremos contribuir a que los jóvenes, conociendo cada vez más a Jesucristo, Amigo y Señor, deseen vivamente que Él sea el impulso de su vida y el cimiento sólido sobre el que construirla, y se esfuercen con sinceridad para que sea así.

Temas de la catequesis

A lo largo de dos años vamos repasando el conjunto de la fe cristiana: lo que creemos y lo que vivimos. Cuando Dios nos habla, no sólo nos revela algo de Sí mismo; nos hace "ver" también quiénes somos realmente nosotros y cómo su gracia nos hace capaces de vivir una vida nueva. Nuestra existencia está marcada por la huella de Dios, que nos llama a la comunión con Él.

Traer a la memoria la Historia de la Salvación, contemplar la acción de Dios en nuestra vida y en la historia -el Espíritu Santo es quien nos hace recordar, quien nos hace ver-, nos transforma: el

entendimiento se ilumina, el corazón se hace agradecido y se atreve a desear las promesas de Dios, la voluntad se fortalece para la entrega generosa. El Espíritu Santo suscita en nosotros el reconocimiento, la acción de gracias, la conversión, el deseo de colaborar con Dios en su obra salvadora.

La adhesión gozosa y entusiasta a Jesucristo, en la Iglesia, se expresa en la confesión de la fe -el Credo mejor comprendido y más vivamente profesado-, en la oración y la celebración litúrgica, en el seguimiento de Jesús en la vida concreta de cada día.

Los temas que se ofrecen para el curso 2009 - 2010 son los siguientes:

1. "Dios nos ha hecho capaces de vivir con Él". Las preguntas más acuciantes y decisivas sobre la vida, la búsqueda de sentido, la "inquietud del corazón", la capacidad de "problematizarse", son como señales de que Dios nos ha hecho para Él: capaces de Dios.
2. "Dios nos sale al encuentro en Jesucristo". La inquietud, la búsqueda, las preguntas, son iluminadas por Jesucristo, que es la Revelación de Dios. Dios es amor ofrecido, invitación al amor. La Luz que es Jesucristo no sólo responde a nuestras preguntas; su respuesta abre a horizontes completamente nuevos.
3. "Nacido de María Virgen: verdadero Dios y verdadero Hombre". Todo lo humano adquiere un valor nuevo y divino por la encarnación del Hijo Eterno de Dios, por la humanidad de Dios.
4. "Jesucristo anuncia el Reino de Dios". El deseo (la necesidad) de amor, la compasión por el débil, por el pobre, por el inocente que sufre la violencia., el deseo de ver reparadas definitivamente las injusticias, es asumido, iluminado, purificado, superado. Jesucristo, en su vida, sus obras y palabras, anuncia y realiza el reinado de Dios.
5. "Llama a colaborar con Él". Nuestra capacidad de hacer el bien, de ayudar y dejarnos ayudar, es suscitada, orientada, fortalecida, multiplicada, por Jesucristo, que nos asocia a muchas y diversas personas a su trabajo en la implantación del Reino de Dios.
6. "Se entrega a la muerte, libremente aceptada". El sufrimiento, sobre todo el sufrimiento que es consecuencia de nuestra fidelidad en el trabajo por el Evangelio, si lo vivimos unidos a Jesucristo, con su confianza y su fidelidad, es fuente de vida. El grano que muere, da fruto; el que es levantado en la cruz tiene una fuerza que atrae a todos hacia Él; el atravesado por la lanza suscita la fe en quien lo mira.
7. "Resucitó al tercer día. Nuestra entrega a Jesucristo, nuestra dedicación al Evangelio, por limitada y pobre que sea, está misteriosamente sostenida y animada por la fuerza del Señor Resucitado. "No temáis. Yo he vencido al mundo"; es el fundamento cierto.
8. "Nos da su Espíritu, que nos une a Él y nos consagra". Toda nuestra vida, si consentimos en vivir unidos a Jesucristo, transparenta nuestra condición de hijos de Dios. Nuestros pensamientos, palabras, obras, relaciones. se convierten en un testimonio sencillo y, por eso mismo, atrevido de lo que Dios ha hecho en nosotros y quiere hacer en todos.

El método

No hay dos grupos iguales. Quien tiene la responsabilidad de acompañar y guiar a un grupo en su crecimiento en la fe, siempre se ve en la necesidad de adaptar a las necesidades y circunstancias de su grupo cualquier modelo catequístico que se le proponga.

Por eso, lo más importante es tener claro qué se pretende en cada catequesis. Por ejemplo: qué aspecto del Misterio de Jesucristo se quiere proponer para ser contemplado, "comprendido", celebrado, vivido. Y también: qué aspecto de la vida de los jóvenes resulta iluminado, potenciado, corregido. por el aspecto concreto del Misterio de Cristo que se propone.

En ningún caso puede faltar ni la escucha de la Palabra de Dios que, recibida de la Iglesia, ilumina la vida, ni la contemplación de la vida que ha de ser iluminada y transformada por la

Palabra de Dios.

Es indispensable el trabajo de quien acompaña al grupo: ofrecer los textos que acerquen al grupo la Palabra de Dios, el testimonio de los Santos Padres y de cristianos ejemplares, la enseñanza de la Iglesia, la oración, el camino del seguimiento de Jesucristo.

Catq 1: Dios nos ha hecho capaces de vivir con Él

Una pregunta, una intuición abre un camino

SÍNTESIS DE LA CATEQUESIS:

1. "Pensar en lo infinito": la apertura a lo infinito está inscrita en la experiencia que el hombre hace de la vida. La vida y la realidad "abren" permanentemente el horizonte del hombre.
2. La vida es este deseo de lo infinito (lo llamamos "pregunta religiosa"): por eso la tradición de la Iglesia habla del hombre - de todo hombre - como capax Dei.
3. El deseo de lo infinito, que constituye el corazón del hombre, le pone en camino. Las religiones y la inevitable tentación de la idolatría dicen con claridad que es inevitable buscar una respuesta a la pregunta religiosa.
4. El deseo de lo infinito cuando madura se convierte en súplica al mismo infinito para que se manifieste: no somos capaces de satisfacer nuestra sed por nosotros mismos, por eso lo suplicamos.
5. En este camino de deseo y de súplica, el cristiano es compañero de todos los hombres.

TEXTO:

1. "Pensar en lo infinito"

«¿No habéis encontrado nunca en vuestra vida una mujer que os ha hechizado durante un momento y que luego ha desaparecido? Estas mujeres son como estrellas que pasan rápidas en las noches sosegadas del estío. Habréis encontrado una vez, en un balneario, en una estación, en una tienda, en un tranvía, una de esas mujeres cuya vista es como una revelación, como una floración repentina y potente que surge desde el fondo de vuestra alma (.) Y será sólo un minuto; esta mujer se marchará; quedará en vuestra alma como un tenue reguero de luz y de bondad; sentiréis como una indefinible angustia cuando la veáis alejarse para siempre (.) Yo he sentido muchas veces estas tristezas indefinibles; era muchacho; en los veranos iba frecuentemente a la capital de la provincia y me sentaba largas horas en los balnearios, junto al mar. Y yo veía entonces, y he visto luego, alguna de esas mujeres misteriosas, sugestionadoras, que, como el mar azul que se ensanchaba ante mi vista, me hacía pensar en lo Infinito» .

El genio literario de Azorín expresa muy eficazmente una experiencia elemental que todo hombre vive. Hay circunstancias que abren de par en par el corazón. Lo abren en el sentido de que hacen presente su verdadero horizonte, su "capacidad de lo infinito". Hay circunstancias que nos permiten descubrir quiénes somos, que rompen todas las imágenes reducidas de nuestro ser hombres, que nos dicen que nada nos basta. Son circunstancias o experiencias que describen la verdadera naturaleza y estatura de la vida, de nuestro ser hombres. Son circunstancias que, ante todo, no dicen "lo que nos falta", sino que hacen presente la intuición de lo eterno para lo que estamos hechos. Uno "piensa en lo infinito" porque la realidad que tiene delante le abre de par en par, le dice que hay algo más y que debe durar para siempre.

Sin duda amar es una de estas experiencias. Todo hombre vive la experiencia del amor: en su familia, con sus amigos, encontrando la mujer con quien compartirá su vida, en la virginidad... En el rostro de la mujer que empezamos a amar - ¡el enamoramiento es el inicio de un camino! - se concentra nuestro deseo de infinito, la intuición de que estamos hechos para lo eterno. E incluso la tristeza o la angustia que podemos sentir ante la idea de perder a la persona que

amamos, es signo de esta apertura a lo infinito.

Una apertura que puede ser descrita como deseo y como nostalgia, y que nace de las experiencias más verdaderas de nuestra vida: en el amor, pero también en la percepción de la belleza, en la pasión por la propia libertad, en la rebelión ante la injusticia, en el misterio del sufrimiento y del dolor, en la humillación del mal que uno hace, en la búsqueda apasionada de la verdad, en el gozo del bien.

En la experiencia que hace de su propia vida, el hombre percibe la presencia de lo infinito. Ese mismo infinito que se anuncia en el mundo. En la inmensidad y en la belleza sobrecogedora de la creación: ¡desde las montañas y los océanos hasta la cadena genética del ADN! «El mundo y el hombre atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su primer principio ni su fin último, sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin» .

2. La vida es este deseo

Todos los hombres, independientemente de la edad, de la raza o de la cultura, experimentan este deseo/intuición de lo infinito que coincide con la verdad más "evidente" de la vida. No podemos negarlo, somos este deseo, nuestro ser más auténtico es "pensar en lo infinito".

Este deseo coincide con la vida. ¡No es algo que surge en el corazón en primavera o cuando se encuentra particularmente melancólico! Es simple y llanamente "la vida".

Por ello desear lo infinito es desear la plenitud de la vida: no de una dimensión de la vida, sino de la vida con todas sus letras. Porque este deseo es el hilo conductor que da unidad a cada instante, a cada situación a cada circunstancia de nuestra vida. Es la cadena que permite intuir la unidad que existe entre el amor de tus padres y tu deseo de construir, entre la rabia ante la injusticia y la compasión ante el dolor, entre el amar y el ser amado y la llamada a ser fecundo. Sin la unidad que engendra este deseo que atraviesa cada célula de tu ser, la vida sería una simple retahíla de hechos y sucesos, una acumulación de experimentos, de tanteos, incapaz de edificar tu persona.

En el lenguaje común a esta búsqueda de lo infinito se le llama "pregunta religiosa". Cuando se habla de "religión" se habla precisamente de esto: de la búsqueda de lo infinito por parte de todos los hombres.

Todo hombre, por el mero hecho de vivir, percibe en sí este deseo, esta pregunta religiosa - sea o no sea capaz de expresarlo - porque la pregunta religiosa es la pregunta sobre la vida y su significado. Por ello todo hombre, independientemente de la respuesta que dé a esta pregunta, es "religioso". No puede dejar de serlo, no puede arrancarse del corazón el "pensamiento de lo infinito".

La tradición cristiana ha descrito esta realidad hablando del hombre como "capax Dei": el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es capaz de Dios, le desea y puede encontrarle. «La santa Iglesia, nuestra madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas" (Cc. Vaticano I: DS 3004; cf. 3026; Cc. Vaticano II, DV 6). Sin esta capacidad, el hombre no podría acoger la revelación de Dios. El hombre tiene esta capacidad porque ha sido creado "a imagen de Dios" (cf. Gn 1,26)».

El salmista lo ha expresado con gran belleza usando la imagen de la sed: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal 62).

3. En camino

Una pregunta, una intuición abre un camino. El hombre, que piensa en lo infinito, se pone en marcha. La intuición de lo infinito es el motor de la vida, la razón por la que el hombre ama y

trabaja.

Comienza para el hombre la apasionante aventura de buscar lo infinito, de conocer su rostro. Se trata de una aventura en la que todos estamos implicados. No es algo reservado a temperamentos particularmente "religiosos".

Es posible reconocer el camino del hombre a la búsqueda del rostro de lo infinito en dos hechos que están al alcance de todos.

El primero es la constatación de la existencia de las religiones. Hoy, más que en el pasado, somos testigos de la pluralidad de experiencias religiosas que viven los hombres. Cuando todo parecía anunciar una sociedad sin Dios, movimientos y sectas religiosas, de muy diferente índole, han invadido Occidente y comienzan a compartir el escenario social junto a las religiones establecidas. Son expresiones concretas, históricas, de la búsqueda de lo infinito y, en este sentido, ayudan a la razón y a la libertad del hombre a no cerrar su horizonte propio, a no reducirse al espacio agobiante de lo "finito". Así lo enseña el Concilio Vaticano II: «Los hombres esperan de las diversas religiones la respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana, que hoy como ayer, conmueven íntimamente su corazón: ¿Qué es el hombre, cuál es el sentido y el fin de nuestra vida, el bien y el pecado, el origen y el fin del dolor, el camino para conseguir la verdadera felicidad, la muerte, el juicio, la sanción después de la muerte? ¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia donde nos dirigimos?» .

Convivir con personas de otras religiones es la ocasión para reconocer la identidad del deseo y de las preguntas que constituyen su corazón y el nuestro. Lo que podría aparecer a primera vista como una dificultad, pues la multiplicidad de respuestas puede engendrar confusión, es también una ocasión privilegiada para reconocer la unidad entre todos los hombres. Las respuestas que se ofrecen son muchas, es verdad, pero la pregunta es una sola.

En segundo lugar podemos reconocer nuestra búsqueda de lo infinito en una experiencia que hemos hecho todos: la identificación de lo infinito con algo concreto. Puede ser la novia, o la carrera profesional, o el éxito económico, o la pasión por el poder. ¡Cuántas veces hemos identificado lo infinito que habíamos intuido con algo particular!

¿Cuál ha sido el resultado? La desilusión. En nuestra búsqueda de lo infinito ha llegado un momento en el que nos hemos detenido y hemos creído poder identificarlo con algo a nuestra medida.

Se llama "idolatría" y es una tentación que vive cada hombre en primera persona. En vez de reconocer que la mujer que ha suscitado en nosotros el pensamiento de lo infinito, es signo de lo infinito, esperamos de ella que cumpla con plenitud el deseo que ha suscitado. Cuando el signo deja de ser reconocido como tal y se le confunde con la plenitud a la que remite, entonces se convierte en un ídolo. Pero los ídolos, lo sabemos por experiencia, defraudan.

El salmista ha identificado con gran precisión la tragedia de la idolatría. Es la tragedia de una promesa incumplida. Parece que pueden responder, y sin embargo son incapaces de todo: «Sus ídolos, en cambio, son plata y oro, hechura de manos humanas: tienen boca, y no hablan; tienen ojos, y no ven; tienen orejas, y no oyen; tiene nariz y no huelen; tienen manos, y no tocan; tienen pies, y no andan; no tiene voz su garganta: que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos» (Sal 113).

«Hechura de manos humanas»: con pocas palabras el salmista identifica la raíz de la incapacidad de los ídolos para responder a nuestro deseo de lo infinito. Un ídolo es fruto de mis manos; tiene, por así decir, mis mismas dimensiones: es finito. Por eso no podrá nunca responder adecuadamente al deseo que constituye mi vida.

La multiplicidad de respuestas - las religiones - a la única pregunta y la incapacidad de los ídolos a la hora de cumplir el deseo de lo infinito, ponen de manifiesto de manera todavía más acuciante la "exigencia" de una respuesta definitiva. Un hombre que viva seriamente su propia

vida, que no censure la intuición de lo infinito que describe quién es, no puede darse por vencido.

4. A nuestro encuentro

Si darse por vencido es abandonar la aventura de la vida, ¿qué hacer? ¿Cómo puede el hombre perseverar en el camino del deseo? ¿Cómo puede no detenerse en respuestas insuficientes?

No es posible pensar que la imagen de nuestra vida sea el mito de Sísifo, condenado a empezar siempre de nuevo la tarea sin encontrar jamás cumplimiento ni descanso.

La vida es este deseo y, sin embargo, todos nuestros intentos por satisfacerlo parecen vanos. Nuestros intentos, no la posibilidad del cumplimiento.

En efecto nuestro deseo sería vano, sería absurdo, si estuviese destinado a quedar eternamente insatisfecho. Pero esto no quiere decir que seamos nosotros los que lo satisfacemos. Somos "capaces" de ser satisfechos, no de satisfacernos a nosotros mismos.

La sed que reseca la garganta del hombre dice que éste es capaz de beber, no que el mismo hombre sea el manantial fresco y cristalino que puede saciarle. Así, el hombre es capaz de lo infinito, capax Dei, porque puede acogerle si éste sale a su encuentro, no porque pueda construirse por sí mismo lo infinito que anhela.

Cuando el hombre se reconoce capax Dei, su deseo, su nostalgia, su anhelo son abrazados por su libertad y se convierten en súplica. Y en esta súplica el hombre adquiere su verdadera estatura. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5, 3).

La pobreza de espíritu que bendice Jesús en las bienaventuranzas, y cuya expresión más elocuente es la petición, la súplica, constituye la plenitud de la experiencia humana. Es el momento en el que corazón del hombre dice a lo Infinito que ha intuido: "¡Ven, manifiéstate!". Cada fibra del ser del hombre espera y desea, pide y suplica que lo infinito salga a su encuentro. Quiere conocer su rostro, y lo pide: «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 26).

Y Dios no ha dejado sin respuesta la súplica del hombre: «Mediante la razón natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus obras. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la Revelación divina (cf. Cc. Vaticano I: DS 3015). Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo en favor de todos los hombres. Revela plenamente su designio enviando a su Hijo amado, nuestro Señor Jesucristo, y al Espíritu Santo».

Las oraciones de los salmos, los textos de la Eucaristía, el tiempo de Adviento. toda la liturgia de la Iglesia es una educación permanente a vivir, de manera consciente y cada día más disponible, esta súplica al Señor.

Por la mañana, al inicio de la jornada, en la oración de laudes, las primeras palabras que la Iglesia nos hace recitar son: «Dios mío, ven en mi auxilio. Señor, date prisa en socorrerme». De este modo nos educa y nos ayuda a comprender que el deseo está llamado a convertirse en súplica.

5. Compañeros de camino de todos los hombres

En esta súplica todos los hombres nos percibimos compañeros de camino.

Reconocer el deseo de lo infinito que constituye el corazón de cada hombre nos permite darnos cuenta de la unidad que existe entre todos nosotros.

Las expresiones de este deseo pueden ser muy diferentes. Algunas de ellas pueden incluso resultar duras, ofensivas y violentas. Y, aún así, son expresiones de la misma búsqueda que vive en nuestro corazón.

Quien se reconoce en búsqueda sabe que está cerca de todo hombre: nada ni nadie le es extraño. Para la Iglesia no hay "lejanos": porque todos los hombres viven, y se preguntan, y desean. Todos buscan.

Por eso el cristiano no teme hablar de su búsqueda con todos. Incluido con aquellos que se ríen de él, que le tachan de iluso o de visionario.

Una simpatía inmensa por todo lo humano le acompaña cotidianamente. El arte, la literatura, la música. todo lo que expresa el genio del hombre, es para quien busca, ocasión de reconocer de nuevo el deseo que le constituye.

Si uno prueba a hablar de esto con sus compañeros de clase, se dará cuenta de que es verdad.

Catq 2: Dios nos sale al encuentro en Jesucristo

Dios mismo, enviando a su Hijo, satisface nuestra sed

SÍNTESIS DE LA CATEQUESIS:

1. El nombre propio del deseo o búsqueda del hombre es espera. Las tentaciones ante la espera: la presunción y el escepticismo.
2. Dios responde a la espera del hombre: y lo hace a través de la historia de los hombres (profetas, alianza con el pueblo de Israel.).
3. La respuesta definitiva de Dios es el envío de su Hijo. En Jesucristo, verdadero Dios, es Dios mismo -el único capaz- el que responde al hombre. Y lo hace humanamente, pues Jesucristo es hombre verdadero. La respuesta de Dios es absolutamente sobreabundante y concreta a la vez.
4. Jesucristo revela el hombre al hombre. Por eso "la cuestión de la vida" es encontrarse con Jesús.

TEXTO:

1. La paradoja de la espera

La vida, lo hemos visto en la catequesis precedente, nos urge a encontrar una respuesta al deseo de infinito que nos constituye. El hombre es capax Dei, y esto significa, ante todo, que es un ser en búsqueda. Pero la búsqueda del hombre posee un nombre más adecuado: es una espera. El hombre, todo hombre, independientemente de su cultura, de su raza, de sus circunstancias personales, está a la espera. Cuántas veces hemos escuchado que "la esperanza es lo último que se pierde". Y es verdad, no porque seamos ingenuos o ilusos, sino porque "estar a la espera" es lo más característico del hombre.

Pero ¿qué esperamos? O mejor aún, ¿a quién esperamos?

Ya hemos visto que las dimensiones de nuestra espera nos superan por todas partes. El hombre es un ser paradójico, pues siendo finito y limitado piensa lo infinito y lo desea.

Ante esta paradoja surge una doble tentación: o se niega que somos limitados o se niega nuestra apertura al infinito, nuestro ser capaces Dei. Se trata de tentaciones mucho más actuales de lo que se pueda pensar a primera vista.

Respecto a la primera hay que reconocer que negar el límite del hombre es la pretensión secreta que guía, en muchos casos, la aplicación de la tecnología y de la ciencia al inicio y al fin de la vida del hombre. Los acuciantes problemas bioéticos de nuestros días tienen en su base la gran pregunta sobre el hombre: ¿somos capaces de dominar nuestro inicio y nuestro fin?, ¿podemos considerarnos "creadores" de nosotros mismos? La tentación de negar nuestro ser limitado ha acompañado siempre el camino del hombre: «Replicó la serpiente a la mujer: "De ninguna

manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal. Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr la sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió» (Gn 3, 4-6). El hombre no resiste en la espera de la respuesta que colme la sed infinita de su corazón, y cede a la tentación de pensar que puede darse esa respuesta por sí mismo. Sabemos bien cuál es el final de dicho intento: «Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos» (Gn 3, 7). El intento fallido de darse respuesta por sí mismo conduce al hombre a la vergüenza: su límite deja de ser ocasión de apertura y espera, y se convierte en herida y condena.

Y entonces, casi inevitablemente, hace acto de presencia la otra gran tentación: pensar que el límite es la última palabra sobre nuestra vida, negar nuestra apertura, nuestra espera de lo infinito. Se abre paso en la vida del hombre ese terrible enemigo que se llama "escepticismo". Esta tentación también ha acompañado a los hombres desde el inicio de la historia. El poeta Esquilo en su obra *Los persas* afirma: «ningún mortal debe fomentar pensamientos que sobrepasan su condición mortal» (v. 820). Hoy este escepticismo se manifiesta en la búsqueda frenética de satisfacciones y placeres limitados que se suceden unos a otros vertiginosamente. ¡Como si la multiplicación de lo limitado pudiese tener como resultado lo infinito! No hace falta acudir a las exageraciones de las que habla la prensa, para descubrir que la tentación del escepticismo se esconde en el modo con el que, en muchas ocasiones, afrontamos nuestra jornada de estudio o de descanso.

Atención: ¡el mundo no se divide en pretenciosos y escépticos! Todos somos un poco pretenciosos y un poco escépticos. Es más, normalmente pasamos a ser escépticos cuando nos damos cuenta de que nuestra pretensión no tiene fundamento, cuando nuestras fuerzas nos desilusionan. Pero apenas nos reponemos un poco, no es difícil que al escepticismo suceda de nuevo la tentación del superhombre. ¡Y así pasamos el tiempo de una tentación a la otra!

El problema es que decir "soy capaz por mí mismo" o, por el contrario, afirmar "no es posible", son dos formas de censurar y negar la paradoja del ser hombre. Son dos formas de abandonar la espera.

2. Dios responde a la espera del hombre

La alternativa a darse respuesta por sí mismos y a negar la posibilidad de una respuesta, consiste en la espera.

Los profetas del Antiguo Testamento expresan con particular intensidad esta espera que es el hombre. Es la espera del Mesías, de la respuesta de Dios a su pueblo.

Durante el tiempo de Adviento los profetas acompañarán nuestro camino hacia la Navidad, manteniendo y educando nuestro corazón a la espera de Dios que viene, que responde a nuestra sed: «Destilad, cielos, como rocío de lo alto, derramad, nubes, la victoria. Ábrase la tierra, produzca la salvación, y germine juntamente la justicia» (Is 45, 8).

Pero ¿es posible esperar? El poeta francés Charles Péguy, en una famosa obra sobre la esperanza llamada *El pórtico del misterio de la segunda virtud* - ¡una óptima lectura para el tiempo de Adviento! - afirma: «Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia». Porque ciertamente sólo la respuesta de Dios que sale a nuestro encuentro salva y alimenta la espera que constituye nuestro ser hombres.

En efecto, la espera se mantiene y crece porque la respuesta sale a nuestro encuentro. Es una respuesta que no viene de nosotros, que no es limitada como nosotros, porque tiene las dimensiones de lo infinito. No es una respuesta que me ofrece simplemente otro hombre, radicalmente sediento como yo. No es simplemente la ayuda de un "genio humano", capaz de expresar mejor que yo cuanto vive en mi corazón sediento. Es una respuesta capaz de responder a mi sed de infinito porque proviene del infinito mismo que sale a mi encuentro.

La respuesta, en efecto, es la expresión de la piedad de Dios por el hombre. Dios, en efecto, no abandona al hombre a la pretensión de dar respuesta por sí mismo a la sed que lo constituye o a una desesperación escéptica, sino que inicia con los hombres una historia de salvación. Enseña el Concilio Vaticano II que Dios «después de su caída alentó en ellos la esperanza de la salvación con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras» (DV 3). Y así estableció la alianza con Noé y, sobre todo, eligió a Abraham, padre de todos los creyentes, del que nacerá el pueblo de la promesa.

Dios responde a la espera del hombre en la historia. Dios sale al encuentro del hombre allí donde el hombre vive, ama, trabaja, sufre, goza. En la historia concreta de un pueblo y a través de dicha historia, Dios se hace respuesta para el hombre. Así lo encontramos expresado en las palabras que Dios dirige a Moisés al inicio del libro del Éxodo: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel (.) Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen. Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto» (Ex 3, 7-10).

La historia de salvación que Dios obra con su pueblo encuentra en la liberación de Egipto - la Pascua - y en la alianza del Sinaí su momento culminante. Dios ha respondido y lo ha hecho con sobreabundancia y al alcance del hombre: el pueblo de Israel ha podido comprobar en su propia carne que Dios salva. Y sin embargo, la infidelidad - o como presunción o como escepticismo: ¡de nuevo las dos tentaciones contra la espera del hombre! - se abre paso en la vida del pueblo.

Pero Dios no cede ante la fragilidad de su pueblo. Es más «por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. Is 2,2-4), y que será grabada en los corazones (cf. Jr 31,31-34; Hb 10,16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. Ez 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. Is 49,5-6; 53,11)» .

3. Jesucristo: la respuesta de Dios al hombre

Dios no cesa de responder, y lo hace cada vez con mayor misericordia y sobreabundancia. Ha querido responder a nuestra espera en la historia y por medio de la historia.

Y ha querido llevar a plenitud su designio histórico de salvación. San Pablo lo indica con una expresión eficacísima que podemos considerar una especie de síntesis del cristianismo: «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4, 4-5).

Dios envió a su Hijo: esta es la respuesta de Dios a la espera del hombre. Aunque podamos tener muchas imágenes o ideas de lo que es el cristianismo y la fe, fruto de la educación que hemos recibido en nuestra familia o en el colegio, o fruto de lo que afirman los medios de comunicación o los diversos agentes culturales, lo cierto es que, sintetizando al máximo, el cristianismo dice de sí mismo esto: Dios envió a su Hijo. Todo lo demás expresa y está en función de este hecho que constituye el centro y el fundamento de la historia y del cosmos. Es importante que confrontemos la idea que tenemos de la fe, con este anuncio, sencillo y radical al mismo tiempo. Radical porque si Dios ha enviado su Hijo, entonces mi sed de infinito puede encontrar quién la sacie. Sencillo porque se trata simplemente de encontrar, o mejor, de ser encontrado por Aquel que Dios ha enviado: el Hijo de Dios ha sido enviado por el Padre para salir a mi encuentro.

Durante el año tendremos la ocasión de profundizar en la pregunta ¿quién es el Hijo, quién es Jesús? En este momento es importante reconocer el camino que Dios, en su misericordia, ha querido recorrer para salir a nuestro encuentro y responder a nuestra sed de infinito.

Enviando a su Hijo, Dios ha querido responder personalmente a nuestra espera. El Hijo no es un simple enviado, no es un mero profeta. El Hijo es, como recitamos en el credo cada domingo, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre». Esto significa que el Hijo puede responder a nuestra espera: es el Infinito que sale al encuentro de nuestro corazón que desea todo. A la sed del hombre podía responder sólo Dios, y lo ha hecho personalmente. San Juan de la Cruz intuyó esta sobreabundancia de la respuesta de Dios a nuestra sed con gran claridad: «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad» (Subida al monte Carmelo 2,22,3-5).

Pero Dios no sólo ha querido responder personalmente a la sed del hombre. Ha querido responder humanamente al hombre. Y así, en el credo, tras haber confesado que el Hijo es Dios, continuamos nuestra profesión de fe afirmando: «que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre». El Hijo de Dios se ha hecho hombre para responder humanamente a nuestra sed, para establecer un diálogo con el hombre, pues en Jesucristo «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2). De este modo no hay otro camino para recibir la respuesta que Dios mismo es y que nos ofrece gratuitamente, que la humanidad de Jesucristo. Santa Teresa de Jesús nos invita a no abandonar nunca este sendero: «Y veo yo claro y he visto después que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita. Muy, muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor; he visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que no queramos otro camino, aunque estemos en la cumbre de contemplación; por aquí vamos seguros. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. El lo enseñará; mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado?» (Libro de la Vida 22, 6-7).

Jesucristo es Dios que responde humanamente al hombre. Si nos acercamos a los encuentros de Jesús que nos narran los Evangelios, podemos verlo descrito con sencillez.

Jesús encuentra sus primeros discípulos, Juan y Andrés, mientras éstos escuchaban predicar al Bautista. Llenos de curiosidad por las palabras que el profeta del Jordán dice sobre Jesús, le siguen y reciben una respuesta humanísima a su pregunta: «Jesús se volvió y al ver que le seguían les dice: "¿Qué buscáis?". Ellos le respondieron: "Rabbí - que quiere decir 'Maestro' - ¿dónde vives?". Les respondió: "Venid y lo veréis"» (Jn 1, 35-39). El Evangelio continúa narrando que le siguieron y estuvieron con Él: pasaron juntos la tarde. Y a través de esa convivencia entre amigos, se revela el misterio de la persona de Cristo: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1, 41), dirá Andrés a su hermano Simón Pedro.

Zaqueo promete devolver lo que ha robado porque la salvación ha entrado en su casa (cfr. Lc 19, 1-10), los apóstoles se preguntan quién es Jesús viéndole calmar la tempestad (cfr. Mt 8, 23-27); la Samaritana anuncia a sus paisanos que ha encontrado uno que le ha dicho todo lo que ha hecho (Jn 4, 1-42), el ciego de nacimiento da testimonio de su curación milagrosa (9, 1-41), la multitud se asombra y glorifica a Dios viendo la curación del paralítico y el perdón de sus pecados (cfr. Mc 2, 1-12), el buen ladrón pide al Señor participar del paraíso con Él (23, 39-43). Los Evangelios testimonian continuamente como en la vida, en la humanidad de Jesús se hace presente Dios mismo respondiendo a la espera del hombre. Este es el camino que la Trinidad ha querido recorrer para salir al encuentro del hombre: se llama Encarnación.

Haciéndose hombre para encontrar a los hombres como un amigo encuentra a otro amigo, Dios ha revelado hasta el fondo el rostro del hombre. El Concilio Vaticano II lo recuerda en el n. 22

de la Constitución Gaudium et spes, uno de los textos claves de toda la enseñanza conciliar: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación».

En Jesucristo, la respuesta que Dios ha ofrecido humanamente al hombre, éste reconoce la verdadera naturaleza de su espera y recibe "la gran gracia" que le permite continuar en la espera.

Jesucristo es la respuesta sobreabundante a nuestra espera. La liturgia de la Iglesia lo expresa con particular eficacia cuando dice que las promesas del Señor «superan todo deseo» (Oración Colecta de la XX Semana del Tiempo Ordinario).

Si el cristianismo es Dios que envió a su Hijo, si Jesucristo es la respuesta que Dios ha ofrecido humanamente a la espera del hombre, entonces "la cuestión fundamental" de la vida es encontrarse con Él.

Texto complementario: Catequesis 2

Jesucristo iluminó a los ciegos

Palabra de Dios

"La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo que el Señor había hecho. Y dijo a la mujer: -¿Con que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?"

La mujer contestó a la serpiente: -Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; sólo del fruto del árbol que está en medio del jardín nos ha dicho Dios: 'No comáis de él ni lo toquéis, bajo pena de muerte?'.

La serpiente replicó a la mujer: No es verdad que tengáis que morir. Bien sabe Dios que cuando comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal.

La mujer se dio cuenta de que el árbol era apetitoso, atrayente y deseable porque daba inteligencia; y cogió un fruto, comió, se lo alargó a su marido, y él también comió.

Se les abrieron los ojos a los dos, y descubrieron que estaban desnudos; entrelazaron hojas de higueras y se las ciñeron.

Oyeron al Señor que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa; el hombre y su mujer se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín" (Génesis 3, 1-8).

"Mirad que llegan días -oráculo del Señor- en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza

Oración: Escúchame Señor

Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro".
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.
Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana.

(Salmo 26)

Dios y Señor nuestro,
ninguno te hemos visto tal como eres en ti mismo.
Y, sin embargo, no eres del todo invisible para nosotros.
No has quedado fuera de nuestro alcance.
Tú nos has amado primero,
y ese amor tuyo ha aparecido entre nosotros,
se ha hecho visible.
Pues Tú enviaste al mundo a tu Hijo único
para que vivamos por medio de él.
Así te has hecho visible:
en Jesús podemos ver tu rostro.

(Según Deus caritas est 17)

Te damos gracias, Padre santo, Dios todopoderoso y terno.
Porque Cristo, el Señor, sin dejar la gloria del Padre,
se hace presente entre nosotros de un modo nuevo:
el que era invisible en su naturaleza, se hace visible al
adoptar la nuestra;
el eterno, engendrado antes del tiempo, comparte nuestra
vida temporal
para asumir en sí todo lo creado,
para reconstruir lo que estaba caído
y restaurar de este modo el universo,
para llamar de nuevo al reino de los cielos al hombre
sumergido en el pecado.

(Según el Prefacio II de Navidad)

nueva. No como la que hice con vuestros padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Ellos, aunque yo era su Señor, quebrantaron mi alianza -oráculo del Señor-.

Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: Reconoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande -oráculo del Señor-, cuando perdone sus crímenes, y no recuerde sus pecados" (Jeremías 31, 31-34).

"Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción.

Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! (Padre). Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y, si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios" (Gálatas 4,4-7).

"Tomás le dice: -Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?.

Jesús le responde: -Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice: -Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica: -Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: "Muéstranos al Padre"? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras" (Juan 14, 5-10).

Santos Padres

"Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes trabajosas. Dedicáte algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él. Di, pues, alma mía, di a Dios: 'Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro'.

Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte.

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Ciertamente es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?, ¿cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro.

(.)

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien; sin eso todo será malo. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, por sin ti nada podemos.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré" (SAN ANSELMO, OBISPO, Proslogion, cap. 1).

"¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: Yo soy el camino. Antes de decirte a donde, te dijo por donde: Yo soy el camino. ¿Y a dónde lleva el camino? A la verdad y a la vida. Primero dijo por donde tenías que ir, y luego a donde. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino.

No se te dice: "Trabaja por dar con el camino, para que llegues a la verdad y a la vida"; no se te ordena esto. Perezoso, ¡levántate! El mismo camino viene hacia ti y te despierta del sueño en que estabas dormido, si es que en verdad te despierta; levántate, pues, y anda.

A lo mejor estás intentando andar y no puedes, porque te duelen los pies. Y ¿por qué te duelen los pies?; ¿acaso porque anduvieron por caminos tortuosos, bajo los impulsos de la avaricia? ¿Pero piensa que la Palabra de Dios sanó también a los cojos. "Tengo los pies sanos -dices-, pero no puedo ver el camino". Piensa que también iluminó a los ciegos".

(SAN AGUSTÍN, Sobre el Evangelio de san Juan 34, 9)

Catecismo de la Iglesia Católica

51 "Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina" (DV 2).

52 Dios, que "habita una luz inaccesible" (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf. Ef 1,4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas.

65 "De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por su Hijo" (Hb 1,1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta. S. Juan de la Cruz, después de otros muchos, lo expresa de manera luminosa, comentando Hb 1,1-2:

Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad (SAN JUAN DE LA CRUZ, Subida al monte Carmelo 2,22,3-5: Biblioteca Mística Carmelitana, v. 11 (Burgos 1929), p. 184.).

Testimonio

"Con tan buen amigo presente -nuestro Señor Jesucristo-, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Él ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero. Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita.

Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos. Así que no queramos otro camino, aunque estemos en la cumbre de contemplación; por aquí vamos seguros. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él lo enseñará; mirando su vida, es el mejor dechado.

¿Qué más queremos que un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón. Yo he mirado con cuidado, después que esto he entendido, de algunos santos, grandes contemplativos, y no iban por otro camino: san Francisco, san Antonio de Padua, san Bernardo, santa Catalina de Siena.

Con libertad se ha de andar en este camino, puestos en las manos de Dios, si su Majestad nos quisiere subir a ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana.

Siempre que se piense en Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene: que amor saca amor. Procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar, porque, si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo".

(SANTA TERESA DE ÁVILA, Libro de su vida, Cap. 22,6-7. 12. 14)

Catq 3: Nacido de María Virgen: Verdadero Dios y verdadero hombre

Contemplar el misterio de la Encarnación (Navidad) según sus dimensiones propias, ayudando a recuperar el asombro ante la Misericordia de Dios

SÍNTESIS:

1. La respuesta de Dios es una Persona, tiene nombre: Jesús. Por eso la cuestión es conocer y amar a Jesús. Convivir con Él.
2. El corazón cristiano se asombra ante el misterio de la Encarnación: el abajamiento de Dios

y su condescendencia; la colaboración de la libertad del hombre, tal y como se ve en el misterio de la Virgen María; la humanidad de Dios.

3. El misterio de la Encarnación inaugura el método que Dios ha elegido para manifestarse: el método del encuentro. Los encuentros de Jesús narrados por los Evangelios. El encuentro con Cristo como inicio de un camino y de una experiencia de convivencia con Él.

TEXTO:

1. La respuesta tiene un nombre

«José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 20-21). La respuesta personal que Dios ha ofrecido humanamente a nuestra sed de infinito, su propio Hijo, supera todos nuestros deseos. Es absolutamente sobreabundante. Y, sin embargo, como dice el ángel a José - cuyo corazón se había llenado de temor ante algo incomprensible para él - dicha respuesta es lo más concreto que existe, tiene hasta un nombre preciso: Jesús.

La respuesta de Dios al hombre es una Persona: su Hijo Jesús. Es importantísimo que no pasemos por alto esta afirmación: Dios no ha querido respondernos dictándonos unos principios doctrinales o enseñándonos un camino moral para que pudiésemos recorrerlo. El Papa nos lo enseña al principio de la encíclica *Deus caritas est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1).

Dios nos ha respondido enviando a su Hijo. Un Hijo al que podemos llamar con su nombre propio: Jesús.

Por eso la tarea de la vida es la amistad con Jesús, conocerle y amarle. Convivir con Jesús es el modo para que nuestro corazón sacie permanentemente su sed. Es impresionante que el Evangelio describa la primera intención de Jesús al elegir a sus amigos más directos, los doce, con estas palabras: «instituyó doce para que estuvieran con él» (Mc 3, 14). Estar con Cristo: esta es la respuesta, este es el camino, esto es ser cristiano. Y esto, atención, es el contenido de la vida: porque la vida se nos ha dado para que nuestro corazón se sacie, para que seamos felices.

Normalmente cuando nos hacemos amigos de alguien, vamos conociendo, poco a poco, su vida: quienes son sus padres, dónde ha nacido y crecido, qué es lo que le gusta y lo que prefiere evitar. También la amistad con Jesucristo implica conocerle más y más, para poder seguirle. El misterio de la Navidad, que pronto celebraremos, es una ocasión privilegiada para profundizar en el conocimiento de Jesús.

2. El asombro ante Dios hecho hombre

Jesús, lo hemos visto, es la respuesta de Dios que sale humanamente a nuestro encuentro: Dios y hombre verdadero. Quizá estemos demasiado acostumbrados a escuchar estas palabras como para volver a conmovernos con lo que anuncian y significan. A veces decimos "Dios se ha hecho hombre", con la misma intensidad de "hoy hace frío": ¡cómo si fuese lo más normal del mundo! Y, sin embargo, basta detenerse un momento y repetir estas palabras pensando lo que decimos, para que el asombro y la conmoción nos invadan: Dios se ha hecho hombre.

Es importante que contemplemos la verdad de estas palabras.

a) Dios se abaja para encontrar humanamente a los hombres.

El Nuevo Testamento nos ofrece numerosos pasajes que nos pueden ayudar a acercarnos de manera nueva a este misterio de misericordia:

«El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José, y

antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18).

«El ángel les dijo: No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre» (Lc 2, 10-12).

«Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14).

«Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre» (Flp 2, 5-7).

«De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Heb 1, 1-2).

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, - pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el padre y que se nos manifestó - lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros» (1Jn 1, 1-3).

Todos estos textos nos hablan de un hecho concreto: Dios ha nacido. Dios, siendo Dios, ha querido hacerse hombre para poder ser visto, oído y tocado; para poder hablar humanamente a los hombres, para ser salvador del pueblo. Se trata de un hecho desconcertante porque implica un "abajamiento de Dios". La tradición de la Iglesia usa una palabra muy expresiva para referirse a la voluntad amorosa de Dios de salir a nuestro encuentro, haciéndose hombre como nosotros: condescendencia.

Una palabra que muestra la absoluta gratuidad y el abismo de amor de la Encarnación del Señor. Un antiquísimo himno litúrgico - el Te Deum - describe esta condescendencia cantando: "Tu, ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti Virginis uterum", Tú, para liberar al hombre, aceptaste la condición humana sin desdeñar el seno de la Virgen. La traducción española del himno enmascara un poco el original latín: ¡la Iglesia canta, llena de asombro, que a Jesús no le ha producido horror ser concebido en el seno de la Virgen!

El misterio de la Encarnación expresa, por tanto, el amor gratuito y desbordante de Dios por el hombre. Un amor tan sobreabundante que no teme hacerse en todo igual al amado, menos en el pecado.

b) Dios, para manifestarnos su amor, cuenta con nosotros

La sobreabundancia del amor de Dios se manifiesta de manera particular en el hecho de que nos llama a colaborar con Él.

Dios se ha hecho hombre a través del sí de María Virgen:

«Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando donde ella estaba dijo: "Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo". Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin". María respondió al ángel: "¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?". El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de

Dios. Mira, también Isabel, tu pariente ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios". Dijo María: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra". Y el ángel dejándola se fue» (Lc 1, 26-28).

El amor no impone. Quien ama invita al amado a responder, espera su sí como el don más precioso. Contemplando el misterio de la Encarnación, podemos reconocer que Dios llama discretamente a nuestra puerta, pide la ayuda de la libertad del hombre - la libertad inocente de María, la Inmaculada - para poder entregarse a él y amarle.

La condescendencia del amor de Dios llega hasta solicitar la colaboración de su criatura en la obra de la salvación. Por ello contemplando el misterio de la Encarnación a través del sí de la Virgen, podemos aprender la verdad y el valor de la libertad. La libertad, - «uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre», como dice don Quijote a Sancho (II, LVIII)- es, ante todo, la capacidad de decir sí, de adherirse al designio de amor de Dios. Y el hombre es el único ser de la creación que puede decir sí a su Creador, que puede ser un verdadero interlocutor, que puede libremente amarle. En la vida de la comunidad cristiana, el hombre aprende permanentemente el significado y el valor de la libertad. Y cuando dicha libertad decae por el pecado, el cristiano es recuperado y sus heridas son curadas con el bálsamo de la misericordia.

Un gesto sencillo recuerda cotidianamente a los cristianos que Dios les llama a colaborar con Él, que la libertad es el don precioso que Dios les ha concedido para poder amar: la oración del Ángelus. Tres veces al día - en algunos pueblos todavía se oyen las campanas que llaman a oración - recitando las palabras del ángel y del Ave María, somos llamados a reconocer el gran misterio de Dios que se hace hombre.

c) La "humanidad" de Dios

El misterio de la Encarnación nos permite, por último, hablar - ¡paradójicamente! - de la humanidad de Dios. Así lo hace el texto latino de la Carta a Tito: «Cuando se manifestó benignitas et humanitas Dei (la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres)» (Tt 3, 4).

Ya hemos dicho que Dios ha querido responder humanamente al hombre. Esto significa que el camino que Él ha elegido, el lenguaje que ha preferido, ha sido el camino y el lenguaje de los hombres: Dios habla con palabra humana.

Por eso, desde que Dios se ha hecho hombre, para conocerle y amarle, para verle, oírle y tocarle - como dice san Juan - la vía que se nos ofrece es el hombre. Concretamente este hombre: Jesús de Nazaret. Y en Él todo lo humano.

La Iglesia no deja de recordárnoslo cuando afirma que nada humano nos es ajeno: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (GS 1).

3. Encontrarse con Jesús

Los Evangelios de la infancia nos narran el nacimiento de Jesús. Los ángeles, los pastores, los magos. fueron testigos de este hecho inaudito: Dios se hace hombre y nace en Belén. Los prodigios de la noche de Navidad, sin embargo, se sumergieron en la normalidad de la vida cotidiana de la familia de Nazaret. Y lo hicieron durante treinta años. El Evangelio nos dice simplemente que Jesús, tras el episodio del encuentro con los doctores en el templo a la edad de

doce años, «bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón. Y Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 51-52).

Creciendo Jesús se dio a conocer. Dios hecho hombre salió al encuentro de los hombres: concretamente, en la historia de los hombres, en medio de sus faenas cotidianas.

El camino que Dios ha elegido para comunicarse a los hombres - hacerse uno de ellos, hacerse hombre - adquiere toda su densidad a través del método normal y cotidiano con el que se conocen los hombres entre sí: el método del encuentro.

Los Evangelios nos narran los encuentros de Jesús con los hombres y mujeres de su tiempo. Encuentros que acontecen en las circunstancias normales de la vida, las circunstancias que todos vivimos: la boda de unos amigos (cfr. Jn 2, 1-10), la muerte de un hijo (cfr. Lc 7, 11-17), la enfermedad (cfr. Mt 8, 1-17), un paseo con los amigos (cfr. Mc 2, 23-28).

Como nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica «los Evangelios fueron escritos por hombres que pertenecieron al grupo de los primeros que tuvieron fe (cf. Mc 1, 1; Jn 21, 24) y quisieron compartirla con otros. Habiendo conocido por la fe quién es Jesús, pudieron ver y hacer ver los rasgos de su Misterio durante toda su vida terrena.

Desde los pañales de su natividad (Lc 2, 7) hasta el vinagre de su Pasión (cf. Mt 27, 48) y el sudario de su resurrección (cf. Jn 20, 7), todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio. A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que "en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente" (Col 2, 9). Su humanidad aparece así como el "sacramento", es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora» (n. 515).

De todos los encuentros de Jesús leamos el episodio de Zaqueo. En esta página evangélica podemos percibir algunos rasgos fundamentales de lo que significa encontrarse con Jesús:

«Habiendo entrado en Jericó atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: "Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa". Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, muchos murmuraban, diciendo: "Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador". Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: "Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo". Jesús le dijo: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también este es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido"» (Lc 19, 1-10).

Jesús sale a nuestro encuentro sin que nosotros lo merezcamos, sin que tengamos ningún título que nos haga dignos de encontrarle. Más aún: la razón por la que sale a nuestro encuentro es que necesitamos ser salvados. Jesús sale a nuestro encuentro porque viene a buscarnos, a nosotros que estábamos perdidos. Viene a buscarnos y se dirige a nosotros pronunciando nuestro nombre. La conmoción del corazón de Zaqueo al oír su nombre, es la misma que la de san Pablo cuando dice: Cristo «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20). El encuentro gratuito con

Oración: Santa María, Madre de Dios

Santa María, Madre de Dios,
tú has dado al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu Hijo, el Hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de Él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y a amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento.

(BENEDICTO XVI, Deus caritas est, 42)

Jesús llena el corazón de Zaqueo de alegría: es el signo de la presencia de Dios en la vida. Esa alegría que nace de la conciencia de ser amado, y amado hasta el punto de que nuestro pecado es redimido y abrazado, sumergido en un océano de misericordia. Y a tanto amor el hombre quiere corresponder: es el deseo de cambiar, de seguir a Jesús. El encuentro con Jesús, que es un encuentro de salvación, pone siempre al hombre ante la decisión de seguirle, de cambiar, de convertirse. De nuevo nuestra libertad vuelve a ser protagonista, de nuevo el amor llama a la libertad del hombre a colaborar con él.

En todos los encuentros de Jesús que nos narran los Evangelios podemos descubrir estos rasgos: la vida cotidiana de los hombres muestra su necesidad, Jesús se apiada de ella y sale a su encuentro, la salva y colma el corazón de alegría, de paz, y entonces el hombre desea seguirle, cambiar.

Pero el encuentro con Jesús es el inicio de un camino. Miles de personas le encontraron. Algunos empezaron a seguirle. A unos pocos les invitó a convivir con Él más estrechamente. En el camino de seguimiento de Jesús la libertad de los discípulos - ¡y hoy la nuestra! - se ponía en juego día a día. Conviviendo con Él aprendieron a conocerle, le escuchaban, le veían tratar a la gente, conmoverse por su necesidad, reprocharles su obcecación o su hipocresía. Fue un camino en el que compartieron la humanidad de Dios. Y en ese camino, poco a poco, creció el conocimiento y el amor por Jesús.

Una tarde, viendo que muchos le habían abandonado, «Jesús dijo entonces a los Doce: "¿También vosotros queréis marcharos?". Le respondió Simón Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 67-69). Dios se ha hecho hombre y nos ha salido al encuentro para que cada uno de nosotros, un día, podamos hacer nuestras las palabras de Pedro.

Texto complementario: Catequesis 3

Nacido de María Virgen: verdadero Dios y verdadero hombre

Palabra de Dios

"Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción" (Gálatas 4, 4-5).

"En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo.

Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. El sostiene el universo con su palabra poderosa" (Hebreos 1, 1-3).

"Estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: -Este es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús; se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: -¿Qué buscáis? Ellos le contestaron: -Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives? Él les dijo: -Venid y lo veréis.

Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día; serían las cuatro de la tarde" (Juan 1, 35-39).

"Todo lo estimo pérdida, comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y existir en él, no con una justicia mía -la de la ley-, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe. Para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos" (Filipenses 3, 8-11).

"Dijo Jesús a Tomás: -Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice: -Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica: -Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras" (Juan 14, 6-10).

Santos Padres

"Ha aparecido la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre. Gracias sean dadas a Dios, que ha hecho abundar en nosotros el consuelo en medio de esta peregrinación, de este destierro, de esta miseria.

(.) Un niño se nos ha dado, pero en quien habita toda la plenitud de la divinidad. Ya que cuando llegó la plenitud del tiempo, hizo también su aparición la plenitud de la divinidad. Vino en carne mortal para que, al presentarse así ante quienes eran carnales, en la aparición de su humanidad se reconociese su bondad. Porque, cuando se pone de manifiesto la humanidad de Dios, ya no puede mantenerse oculta su bondad. ¿De qué manera podía manifestar mejor su bondad que asumiendo mi carne?" (SAN BERNARDO ABAD, Sermón 1 en la Epifanía del Señor, 1-2).

"Fue el Padre quien envió la Palabra, al fin de los tiempos. Quiso que no siguiera hablando por medio de un profeta, ni que se hiciera adivinar mediante anuncios velados; sino que le dijo que se manifestara a rostro descubierto, a fin de que el mundo, al verla, pudiera salvarse.

Sabemos que esta Palabra tomó un cuerpo de la Virgen, y que asumió al hombre viejo, transformándolo. Sabemos que se hizo hombre de nuestra misma condición, porque, si no hubiera sido así, sería inútil que luego nos prescribiera imitarle como maestro. Porque, si este hombre hubiera sido de otra naturaleza, ¿cómo podría ordenarme las mismas cosas que él hace, a mí, débil por nacimiento, y cómo sería entonces bueno y justo?

Para que nadie pensara que era distinto de nosotros, se sometió a la fatiga, quiso tener hambre y no se negó a pasar sed, tuvo necesidad de descanso y no rechazó el sufrimiento, obedeció hasta la muerte y manifestó su resurrección, ofreciendo en todo esto su humanidad como primicia, para que tú no te descorazones en medio de tus sufrimientos, sino que aun reconociéndote hombre, aguardes a tu vez lo mismo que Dios dispuesto para él" (SAN HIPÓLITO PRESBITERO, Refutación de todas las herejías, cap. 10, 33-34).

Catecismo de la Iglesia Católica

464 El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. Él se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia debió defender y aclarar esta verdad de fe durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban.

516 Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14,9), y el Padre: "Este es mi Hijo amado; escuchadle" (Lc)-

Catq 4: Anunciaba el Reino de Dios:su enseñanza y sus obras

Mostrar a Jesucristo como la Buena Noticia que ilumina, unifica y da sentido a la existencia humana

OBJETO DE LA CATEQUESIS:

Mostrar a Jesucristo como la Buena Noticia que ilumina, unifica y da sentido a la existencia humana. El Reino de Dios que anuncia es la felicidad de los que, sabiéndose débiles, confían en Él y de los pecadores que se acogen a su misericordia. Los milagros son signos de liberación que invitan a acoger con fe el Reino de Dios pleno y definitivo. Hoy nos hace Jesucristo a nosotros el ofrecimiento del Reino de Dios.

OBJETIVOS

1. Descubrir a Jesucristo como la Buena Nueva que da plenitud a mi vida.
2. Aceptar el mensaje de Jesús sobre el Reino de Dios.
3. Interrogarse sobre las condiciones de acceso a él.
4. Orar juntos: alabar a Dios, darle gracias, pedirle ser acogidos en su Reino.

SÍNTESIS:

1. Nos sentimos interiormente atraídos a lo mejor, pero a menudo nos cansamos de buscarlo e incluso consentimos a lo malo. Somos contradictorios.
2. La persona misma de Jesús es la Buena Noticia del Reino de Dios: agua para el sediento, pan de vida, luz del mundo, descanso para los fatigados. El amor misericordioso de Dios se revela en sus palabras y obras
3. El Reino de Dios -comuni3n con Él- es oferta. Es don. Es como una semilla que crece en nosotros. Alcanza su plenitud definitiva en la vida eterna.
4. Con el perd3n de los pecados y los milagros ofrece Jesús los signos de la presencia activa del Reino de Dios.

TEXTO:

1. Una mirada a la realidad

A medida que vamos creciendo y madurando, nos damos cuenta de que hay algo en lo más hondo de nosotros mismos, que es lo que nos motiva para vivir, trabajar, hacer proyectos. Nadie puede vivir sin ese "algo" que tira de su vida. Aunque no sepamos explicarlo bien, el sentirnos a salvo, la satisfacci3n y la felicidad que no dejamos de perseguir en la vida tienen que ver con esa realidad, más o menos identificada, que nos impulsa. Es lo que más nos merece la pena. Nos gustaría que toda nuestra vida quedara unificada en torno a esa fuerza.

Pero nos damos cuenta también de que estamos como divididos por dentro: queremos lo bello, lo bueno, lo verdadero, todo lo mejor, y, al mismo tiempo, experimentamos la parcialidad y la finitud. Buscamos apasionadamente autenticidad, afecto, relaciones personales gratificantes, horizontes amplios, libertad, pero a menudo nos sentimos heridos por el bienestar y el confort, engañados por las ideologías, confusos por la desorientaci3n moral. Aspiramos sinceramente a construir un mundo más justo y solidario, pero cuántas veces en la práctica no terminamos de saber bien qué queremos, ni cómo queremos ser, ni por qué caminos queremos avanzar.

Somos contradictorios. Ponemos todo nuestro interés en conseguir unas metas en las que esperamos encontrar la felicidad, pero, conseguidas las metas, sentimos que lo que buscábamos era mucho más que lo que hemos logrado. Somos más felices por lo que deseamos que por lo que poseemos. Sentimos una sed imperiosa de más, una sed insaciable; soñamos lo infinito, pero los logros son siempre finitos. Hay que buscar otra vez, comenzar siempre de nuevo. La vida es una continua tensi3n.

2. El anuncio de la Buena Noticia

"Jesús, lleno de la fuerza del Espíritu, regresó a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas y todo el mundo hablaba bien del él.

Llegó a Nazaret, donde se había criado. Según su costumbre, entró en la sinagoga un sábado y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, al desenrollarlo, encontró el pasaje donde está escrito.

El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberaci3n a los cautivos y a dar la vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor.

Después enrolló el libro, se lo dio al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga

tenían sus ojos clavados en él. Y comenzó a decirles.

Hoy se ha cumplido el pasaje de Escritura que acabáis de escuchar" (Lc 4, 14-21).

La Buena Noticia es Jesús

El pasaje de la Escritura se cumple en Jesús. La Buena Noticia es Jesús mismo. Es la gran noticia para los deseos de plenitud, de bienaventuranza y alegría que anidan en nuestro corazón.

"Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas" (Mt 11,28-2). "El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí que beba" (Jn 7,37). "Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre" (Jn 6,35), "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8,12).

A los discípulos que están viendo los milagros de Jesús, y están acogiendo con fe los signos de la compasión y la misericordia de Dios, Jesús les dice: "¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron" (Lc 10,23-24).

La Buena Nueva es la persona misma de Jesús. En sus palabras y sus obras se nos manifiesta la oferta de salvación que hace Dios a los hombres de todos los tiempos. Todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio. A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras se ha revelado que "en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente". Su humanidad aparece como el signo e instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo. Lo visible de su vida terrena conduce al misterio invisible de Dios. "La vida entera de Cristo fue una continua enseñanza: su silencio, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación total del sacrificio en la cruz por la salvación del mundo, su resurrección, son la actuación de su palabra y el cumplimiento de la revelación" (Catecismo de la Iglesia Católica, 561). "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9).

Si el cristianismo, como se dice en tantas ocasiones, es en primer lugar una Persona, Jesús, y no una doctrina, todo comienza por conocerle a Él. El conocimiento es lo que abre camino en el corazón a todo lo demás: conocer a Jesús para amarle y seguirle. No es un conocimiento teórico y abstracto; es conocimiento concreto de sus dichos y hechos, de su vida, muerte y resurrección, que se pueden llamar "misterios" porque en ellos se manifiesta Dios, porque en ellos Dios ofrece la salvación a toda la humanidad. Por eso es tan importante meditar con atención la vida de Jesús, embeberse hasta de los menores detalles, con la luz y profundidad que nos conceda el Espíritu Santo. No se ama lo que no se conoce, y si no se ama, ni se busca ni se goza.

"Toda la vida de Cristo es Misterio de Redención. La Redención nos viene ante todo por la sangre de la cruz, pero este misterio está actuando en toda la vida de Cristo" (Catecismo de la Iglesia Católica, 517). Su pobreza, sus parábolas, sus milagros, su obediencia, su hambre y su sed, sus lágrimas por el amigo, sus noches de oración, su compasión por el hombre, todo en su vida tiene fuerza redentora. Por eso, redime y salva también la comunión con su vida.

Jesús predica el Reino de Dios

El centro de la vida de Jesús es el mensaje de la llegada del reino de Dios. La predicación de Jesús gira en torno al anuncio del Reino de Dios. La frase "ha llegado a vosotros el reino de Dios" es el corazón de la predicación de Jesús.

Cuando decimos "reino de Dios" nos referimos a "señorío de Dios". Es Dios mismo. La venida del reino de Dios significa la venida del mismo Dios que, con su cercanía, nos invita a participar de su vida divina. Jesús muestra el reino de Dios como un banquete al que el Padre del cielo nos invita a todos. Cada uno somos responsables de aceptar o rechazar la invitación. Quienes acogen la invitación con disponibilidad y confianza, entran a la fiesta; fuera sólo hay llanto y tinieblas. La predicación de Jesús sobre el reino, más que proclamar los derechos de Dios, proclama la

dicha del hombre que acoge su oferta. Jesús anuncia la mejor noticia para el hombre.

Los anhelos de la humanidad, los deseos más hondos del corazón humano, se ven infinitamente colmados en el encuentro con Jesús. Ahí se ve con claridad que el cumplimiento de las aspiraciones más auténticamente humanas no es resultado de nuestro empeño, sino acción de Dios, don de Dios que nosotros acogemos agradecidos. El reino de Dios no pueden traerlo los hombres ni mediante acciones violentas, como pretendían en tiempo de Jesús ni mediante lucha contra la injusticia, por muy loable que sea esta lucha. No es una fuerza intramundana (política, social, cultural) ni un programa de reforma, ni una utopía que nos remita sólo al futuro. Contiene una promesa que no podemos planificar, ni organizar, ni construir con nuestras exclusivas fuerzas; es un regalo, un don que se nos ofrece gratuitamente. Sólo podemos pedirlo, que es a lo que nos invita Jesús: "Venga a nosotros tu reino".

Supone un proceso. Sólo alcanzará su forma plena y definitiva en la vida eterna, que ha comenzado ya. Es como el grano de mostaza, la más pequeña de todas las semillas, que crece en lo escondido hasta convertirse en un árbol en el que los pájaros del cielo hacen sus nidos. Aunque se desarrolle y realice en este mundo, alcanza su plenitud en los cielos: "Los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre" (Mt 13, 41-43).

La esperanza en la plenitud del reino de Dios, que ya ahora acogemos como un don, no nos hace indiferentes. Muy al contrario, nos hace más sensibles si cabe ante los problemas de la libertad, la justicia y la paz en el mundo. La certeza de la presencia cercana de Dios es una fuerza transformadora. Cambia al ser humano desde dentro, sanando todas sus enfermedades y liberando todas sus posibilidades. Hace un hombre nuevo. Como la levadura que transforma toda la masa, el reino de Dios transforma la vida entera de las personas, renovándola. Podría parecer utópico, pero quien lo acoge con fe y confianza, experimenta el gozo incontestable del amor de Dios que perdona y reconcilia.

Jesús ofrece los signos del Reino El perdón de los pecados

La presencia del reino de Dios entre los hombres se manifiesta primordialmente en el perdón que, de palabra y de obra, proclama Jesús, como buena noticia que trae para los pecadores y los pobres que confían en Dios. Nos lo muestra mediante el gesto repetido de sentarse a la mesa con publicanos y pecadores. Así anuncia Jesús que son acogidos y perdonados por Dios, que también ellos están llamados a participar del reino de Dios, invitados a entrar en el ámbito donde Dios cumple definitivamente y de un modo insospechado los anhelos del corazón humano. No ha venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mc 2,17). Incluso al publicano Mateo le hace discípulo suyo. Y presenta como modelo de verdadera actitud de oración no al fariseo, supuestamente bueno y cumplidor, sino al publicano, que se declara pecador delante de Dios. Jesús mismo es la misericordia de Dios hecha carne. Y eso produce escándalo. Tan fuerte fue el escándalo que Jesús proclama bienaventurado al que no se escandaliza de él, por anunciar el evangelio a los pobres.

Esa buena nueva del perdón se expresa del modo más sencillo y entrañable en las parábolas que el evangelista san Lucas reúne en el capítulo 15 de su evangelio. En ellas se nos muestra qué padre es Dios. Un hijo puede ser frágil y abandonarse a la seducción de bienes pasajeros; puede rebelarse contra su propio padre, despreciarle y marcharse de casa; puede extraviarse y caer en lo más bajo. Dios es un padre que respeta la libertad del hijo, por más que éste decida alejarse de él y despilfarre la herencia recibida como un don. Dios es un padre que sabe esperar la conversión del hijo extraviado, que corre a su encuentro cuando vuelve y lo abraza sin reproches ni castigo; es un padre que perdona y celebra el regreso: ropa nueva, anillo, banquete, música y baile. Así es Dios.

El amor misericordioso de Dios acoge siempre a todo hombre. Dios Padre se compadece del pecador y lo atrae hacia sí con un amor sin límites. Este anuncio de la misericordia de Dios que hace Jesús es, si cabe, más apremiante en nuestro tiempo: "La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende, además, a orillar de la vida y a arrancar del corazón humano la idea misma de la

misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parece producir una cierta desazón en el hombre" (JUAN PABLO II, Dives in Misericordia, n. 2).

Jesús vive toda su existencia en el nombre del Padre. En ningún momento, en ningún lugar de su peregrinación terrena está Jesús fuera del Padre. "El Padre y yo somos uno" (Jn 10,30). En las oraciones de Jesús incluidas en los evangelios vemos que se dirigió siempre a Dios con una invocación que constituía una novedad dentro del judaísmo: "Abbá". Con ella manifiesta la especial confianza y familiaridad que, como Hijo, le unen con Dios. Con la misma invocación comenzaba la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, el padrenuestro. Nos revela que podemos invocar a Dios con la misma confianza que él, como miembros de la misma familia en la que él es el hermano mayor. Nos hallamos ante Dios con una cercanía y familiaridad semejante a la de Jesús, somos hijos de Dios al modo de Jesús.

Los milagros

"Jesús recorría todas las ciudades y pueblos, proclamando la Buena Nueva del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia" (Mt 9,35). Los milagros forman parte de la proclamación del reino de Dios. Son signos de que el reino de Dios, con toda su fuerza misteriosa, está ya realizándose en medio de los hombres.

Cuando Jesús libera a algunos hombres de males como el hambre, la injusticia, la enfermedad o la muerte, quiere hacernos ver que él ha venido para liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado, que es el mayor obstáculo a la vocación de hijos de Dios y la causa de todas las servidumbres humanas. Sólo unos ojos y oídos creyentes pueden comprender bien las acciones de Jesús. Los milagros son signos de su amor y de su poder y los hace para atraer a la fe. No sólo muestran que el reino ha llegado, sino que nos iluminan y nos invitan a creer y convertirnos.

Ciertamente en la vida terrena de Jesús irrumpe el reino de Dios en la historia humana: es el centro del tiempo. En la vida de Jesús, en su predicación, sus milagros, su muerte y resurrección, Dios ha visitado y redimido a su pueblo. Después, el Señor Resucitado da el Espíritu Santo a los discípulos y les encarga que sigan haciendo presente el reino con palabras y obras, como lo hizo él. Los mismos signos los vemos hoy en tantas personas a los que se sigue proclamando la Buena Nueva y manifestando sus signos. "Les dijo: Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura. Ellos salieron a predicar por todas partes y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban" (Mc 16, 15.20).

3. La Buena Noticia se nos anuncia hoy a nosotros

Si no hubiéramos escuchado nunca el Evangelio y no lo conociéramos, no tendríamos que decidirnos a favor o en contra. Pero aunque sea en medio del ruido, la confusión, las dudas, los deseos más nobles y las contradicciones personales, el anuncio del Evangelio nos alcanza hoy también a nosotros.

Jesús nos revela en él la cercanía de Dios. Quedamos fascinados, atraídos por el "Maestro bueno" en quien, lo presentimos, podemos encontrar lo que más necesitamos. Al ser alcanzados

Oración: Tú eres la Buena Nueva

Señor Jesucristo,
Tú que eres la Buena nueva para toda la humanidad,
tú que conoces cómo llegar al corazón del hombre para darle la verdadera libertad,
abre la mente y el corazón de los jóvenes,
que buscan y esperan una palabra de verdad para su vida;
hazles experimentar que sólo en el misterio de tu encarnación
pueden encontrar plena luz;
da valor a los que saben dónde encontrar la verdad, pero tienen miedo.
Tú, que eres la Palabra del Padre, Palabra que crea y salva,
Palabra que ilumina y sostiene los corazones,
vence con tu Espíritu nuestras resistencias y vacilaciones,
mira nuestra necesidad de salvación
y transforma nuestra vida a la luz de tu misericordia.

por el Evangelio, también quedan patentes nuestras limitaciones, las distintas formas de egoísmo que nos bloquean y esclavizan. Pero justamente de esto, lo sabemos, el Señor puede librarnos.

Él nos dice: "Está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed la Buena Noticia" (Mc 1,15). Si lo tomamos en serio y dejamos que resuene en nuestro interior, resulta ser una propuesta que desafía nuestra libertad. No podemos sustraernos; tenemos que rechazarlo o atrevernos a acogerlo. Jesús es el único que puede colmar nuestras aspiraciones. El mismo que nos llama, nos da el valor y la fuerza para convertirnos a Él.

¿Buscamos realmente liberarnos de las ataduras que nos impiden el bien? ¿Qué ataduras nos retienen, impidiéndonos avanzar por el camino de libertad que nos propone Jesucristo?.

Texto complementario: Catequesis 4

Jesús anunciaba el Reino de Dios: su enseñanza y sus obras

Palabra de Dios

"El Reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta; aunque es la más pequeña de las semillas, cuando crece es más alta que las hortalizas; se hace un arbusto más alto que las hortalizas, y vienen los pájaros a anidar en sus ramas.

Les dijo otra parábola: El Reino de los cielos se parece a la levadura; una mujer la amasa con tres medidas de harina, y basta para que todo fermente"

(Mateo 13, 31-33).

"Dijo Jesús a la gente: El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder, y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas, que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra"

(Mateo 13, 44-45).

"Jesús exclamó: Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido esas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor.

Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera"

(Mateo 11,25-30)

Santos Padres

"¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche. Y, cuando te conocí por vez primera, fuiste tú quien me elevó hacia ti, para hacerme ver que había algo que ver y que yo no era aún capaz de verlo. Y fortaleciste la debilidad de mi mirada irradiando con fuerza sobre mí, y me estremecí de amor y de temor; y me di cuenta de la gran distancia que me separaba de ti, por la gran semejanza que hay entre tú y yo, como si oyera tu voz que me decía desde arriba: 'Soy alimento de adultos: crece, y podrás comerme. Y no me transformarás en substancia tuya, como sucede con la comida corporal, sino que tú te transformarás en mí'.

Y yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti, y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, el que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: Yo soy el camino de la verdad, y la vida, y el que mezcla aquel alimento, que yo no podía asimilar, con la carne, ya que la Palabra se hizo carne, para que, en atención a nuestro estado de infancia, se convirtiera en leche tu sabiduría, por la que creaste todas las cosas"

(SAN AGUSTÍN, Confesiones, 7, 10)

"Amadísimos hermanos: Al predicar nuestro Señor Jesucristo el Evangelio del Reino, y al curar por toda Galilea enfermedades de toda especie, la fama de sus milagros se había extendido por toda Siria y, de toda la Judea, inmensas multitudes acudían al médico celestial. Como a la flaqueza humana le cuesta creer lo que no ve y esperar lo que ignora, hacía falta que la divina sabiduría les concediera gracias corporales y realizara visibles milagros, para animarles y fortalecerles, a fin de que, al palpar su poder

bienhechor, pudieran reconocer que su doctrina era salvadora.

Queriendo, pues, el Señor convertir las curaciones externas en remedios internos y llegar, después de sanar los cuerpos, a la curación de las almas, apartándose de las turbas que lo rodeaban, y llevándose consigo a los apóstoles, buscó la soledad de un monte próximo. Quería enseñarles lo más sublime de su doctrina. Mirad que llegan días -oráculo del Señor- en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. Después de aquellos días -oráculo del Señor- meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones".

(SAN LEÓN MAGNO, Sermón [sobre las bienaventuranzas], 95,1)

Catecismo de la Iglesia Católica

"El Reino de Dios está cerca"

541 "Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 15). "Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos" (LG 3). Pues bien, la voluntad del Padre es "elevar a los hombres a la participación de la vida divina" (LG 2). Lo hace reuniendo a los hombres en torno a su Hijo, Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra "el germen y el comienzo de este Reino" (LG 5).

542 Cristo es el corazón mismo de esta reunión de los hombres como "familia de Dios". Los convoca en torno a él por su palabra, por sus señales que manifiestan el reino de Dios, por el envío de sus discípulos. Sobre todo, él realizará la venida de su Reino por medio del gran Misterio de su Pascua: su muerte en la Cruz y su Resurrección. "Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12, 32). A esta unión con Cristo están llamados todos los hombres (cf. LG 3).

El anuncio del Reino de Dios

544 El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para "anunciar la Buena Nueva a los pobres" (Lc 4, 18; cf. 7, 22). Los declara bienaventurados porque de "ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5, 3); a los "pequeños" es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21,18), la sed (cf. Jn 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46).

545 Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores" (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa "alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta" (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida "para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).

Los signos del Reino de Dios

548 Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser "ocasión de escándalo" (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549 Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11,5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. Lc 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

Testimonio

I. F. era un joven yugoslavo que a los 18 años se marchó a Alemania. Tenía ansias de libertad. No podía aceptar una manera normal de vida. Le parecía demasiado estrecho el mundo que se le ofrecía.

"Siempre me gustó la aventura. Pronto conocí el mundo del delito, el dinero, la droga. Con dieciocho años ya ganaba mucho más dinero del que necesitaba para vivir. Empecé a traficar droga. El dinero lo gastaba en discotecas privadas y en llevar una vida con la que quizá muchos jóvenes sueñan. A los

catorce o quince años ya había probado alguna droga blanda. Cuando empecé a vender la heroína empecé a tomarla yo. Yo tenía mi estilo de vida: la música, los conciertos, los clubes... mi mundillo. Pero todo eso se me acabó muy pronto. A los veinticinco años estaba ya muy cansado de la vida. Los míos sabían que me drogaba. Tenía todo el cuerpo marcado. Ya no tenía venas, y hoy, quince años después, sigo sin tenerlas...

Decidí hacer algo en mi vida y entré en la Comunità Cenacolo, una comunidad de escuela de vida en la que los chicos abandonamos la droga a través del trabajo y la oración. Allí conocí a Sor Elvira. En un momento dado nos preguntó quién quería llegar a ser bueno. Todos a mi alrededor levantaron la mano, pero yo no podía. Me impresionó tanto la hermana Elvira que no tuve coraje de mentir y aquella noche no pegué ojo. Lloré toda la noche. Salió mucha furia, mucha amargura. Aquella noche decidí que quería hacer el programa de la Comunità hasta el final. Creí a Sor Elvira. Por fin encontré a una persona a la que creía del todo.

Una tarde dijo Sor Elvira que nosotros no sabíamos quiénes éramos, y eso me hizo daño, como si alguien me hubiera pinchado. Recuerdo que pensé: '¿Esta monja de qué va? Tengo 26 años, ¿cómo que no sé quién soy?' Nos dijo que solamente podríamos saber quiénes éramos si teníamos el valor suficiente para arrodillarnos ante Jesús en la Eucaristía. También aquella noche la pasé llorando y al día siguiente fui a la capilla y dije: 'Si es verdad lo que dice la hermana, que no sé quién soy, y si es verdad que Tú estás vivo en la Eucaristía, quiero ver la verdad, quiero saber la verdad sobre mí, sobre quién soy yo'. Puedo decir que desde aquel día, con la ayuda de Jesús, empecé a mirar en mi corazón y empecé a ver muchas cosas que antes no quería ver de mí mismo. Recuerdo que cuando veía mis debilidades me quedaba muy apenado. Sentía un fuerte arrepentimiento y viví la experiencia del perdón. A través de la verdad ante mí mismo, a través del arrepentimiento, viví el perdón de Dios. Me reconcilié con mi pasado. Hoy, cuando reflexiono los sucesos de mi pasado tengo paz. Ya no hay más agitación, no hay impulsos negativos, no hay incomodidad, no hay vergüenza, ya no existen esos impulsos grandes y fuertes. Solo hay paz porque Dios ha redimido todo ello a través del sacramento de la Reconciliación. Me he reconciliado con mi pasado, la oscuridad se ha convertido en luz. Hoy mi pasado es una riqueza de donde saco la sabiduría para ayudar a las personas que están en el camino".

I. F. fue ordenado sacerdote en el año 2004.

Catq 5: Llamaba a compartir su vida y su misión

Mostrar la existencia personal como respuesta a una llamada de Dios

OBJETO DE LA CATEQUESIS:

Mostrar la existencia personal como respuesta a una llamada de Dios: a la vida de hijos de Dios en el seguimiento de Jesús, participando de su misión.

Meditar los pasajes del Evangelio que ayudan a discernir los signos de la llamada de Dios e invitan a responder con prontitud y alegría

SÍNTESIS:

1. El inconformismo, la radicalidad, la búsqueda de autenticidad, son sentimientos que pueden dinamizar el proceso de crecimiento y maduración.
2. En el origen de nuestra vida hay una llamada; vivir es responder. Creados a imagen de Dios, llamados a ser sus hijos, encontramos en su Hijo Jesús el esclarecimiento de nuestro destino.
3. La llamada de Jesús mantiene viva la llamada a la existencia y, a la vez, la concreta. Responde a nuestras preguntas y, al mismo tiempo, nos abre a nuevas metas.
4. Jesús hace partícipes a los suyos de la misión que el Padre le había confiado. La llamada de Jesús siempre es a dar la vida: sacerdocio ministerial, vida de especial consagración, familia cristiana.
5. La respuesta es libre, como libre es la iniciativa divina. La respuesta positiva abre a metas

siempre nuevas, siempre más altas.

TEXTO:

1. Juan Pablo II a los jóvenes

"En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna. Queridos jóvenes, (JUAN PABLO II, Jornada Mundial de la Juventud, Roma, agosto 2000).

Cada uno tiene que pararse a pensar si son éstos los sentimientos que más frecuentemente ocupan su corazón: soñar la felicidad, sentir insatisfacción con lo que se encuentra, sentirse atraídos por la belleza, tener sed de radicalidad, dejar las máscaras que falsean la vida, hacer de la vida algo grande, seguir un ideal, hacer una sociedad más humana y fraterna. Cada uno tiene que pararse a pensar si verdaderamente se siente insatisfecho, si vive buscando algo que llene su vida.

Juan Pablo II no se limitaba a afirmar lo que con toda probabilidad eran los sentimientos más comunes de los jóvenes. Interpretaba esos sentimientos y declaraba su significado: "Es Jesús a quien buscáis., es Él quien os espera., es Él la belleza que os atrae., es Él quien os provoca., es Él quien os empuja a dejar las máscaras., es Él quien os lee en el corazón., es Jesús quien suscita en vosotros el deseo. Diciendo sí a Cristo decís sí a todos vuestros ideales más nobles. No tengáis miedo de entregaros a Él. Él os guiará, os dará la fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación".

La llamada de Jesús resuena dentro de nosotros mismos, en nuestra propia vida. En nuestra insatisfacción, nuestra búsqueda, nuestros deseos de radicalidad y de algo grande, podemos reconocer la pregunta que hizo Jesús a los dos discípulos de Juan Bautista, cuando le seguían sin saber bien adónde: "¿Qué buscáis?" (Jn 1,37). Y podemos reconocer también la respuesta que acertaron a balbucir los discípulos: "Maestro, ¿dónde vives?" (Jn 1,39). Se dejaron atraer por Jesús y consintieron en seguirle.

2. Escuchamos la Palabra de Dios (Mc 1,16-20; Lc 9,59-62; Jn 1,35-42)

Existir es responder a una llamada

Nuestra existencia no es puro azar, no hemos sido arrojados al mundo, no existimos por casualidad o por un absurdo. El Señor tiene un plan para cada uno de nosotros, nos conoce y nos llama por nuestro nombre. Cuenta con nosotros para confiarnos una misión: es lo que estamos llamados a hacer en la vida para tejer la historia y contribuir a la edificación de su Iglesia, templo vivo de su presencia.

En origen de nuestra vida hay una llamada. Vivir es percibirla, permanecer a la escucha, ser valientes y generosos para responder. Al final de nuestra existencia en la tierra seremos considerados siervos fieles que han aprovechado bien los dones que se nos han concedido .

Llamados a vivir como hijos de Dios

Hemos sido creados a imagen de Dios, para ser sus hijos, unidos por la acción del Espíritu Santo a Jesucristo, que es el Hijo. Estamos tan fuertemente llamados a vivir unidos a Jesucristo, que sólo conociéndole a Él nos entendemos a nosotros mismos y comprendemos nuestro destino. El Concilio Vaticano II lo dice así: "El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio de

Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre" (*Gaudium et spes* 22). "Desde que existo, mi existencia no tiene otro fin que Cristo mismo", decía el teólogo Henri de Lubac.

Si, como hijos de Dios, estamos llamados a vivir unidos a Jesucristo, el primer paso de nuestra respuesta es el Bautismo, por el que fuimos hechos miembros de su Cuerpo. En Él se va formando el pueblo de los llamados. La Humanidad entera va realizando en Cristo el destino al que está llamada como pueblo, como comunidad.

Nadie mejor que Jesucristo, el Hijo Eterno de Dios hecho hombre, puede hablarnos y reproducir en nosotros su imagen de hijo. Por eso nos invita a seguirle, a ser como Él, a compartir su vida, su palabra, sus sentimientos, su muerte y resurrección. El Hijo de Dios se hizo hombre para que la llamada de Dios resuene siempre en nosotros. No existe un solo párrafo en el Evangelio, o un encuentro o un diálogo, que no tenga un sentido vocacional, que no exprese, directa o indirectamente, una llamada por parte de Jesús. Según los relatos de los evangelios, parece que, Jesús siempre deja a quienes se encuentran con Él la misma preocupación: ¿qué hacer de mi vida?, ¿cuál es mi camino?

Llamados por Jesús

La relación de Jesús con sus seguidores no era como la de los demás maestros. La forma en que Jesús llamó a sus discípulos, la finalidad de dicha llamada y las consecuencias que tuvo en la vida de quienes le siguieron son los rasgos más novedosos de la experiencia de discípulos que encontramos en los evangelios.

Lo habitual era que un joven buscara una escuela o un maestro para hacerse discípulo. Los discípulos de los rabinos buscan algo parecido a una enseñanza más bien técnica para luego llegar a ser maestros. Sin embargo, los discípulos de Jesús no eligen ellos. Jesús es quien da el primer paso llamándolos a ellos. Él es quien llama y pone condiciones (Mc 1,16-20; Lc 9, 59-62) con una autoridad poco común.

Jesús no enseña una doctrina, sino que pide una adhesión incondicional a su persona para hacer la voluntad de Dios. En ninguno de los grupos religiosos de la época encontramos una exigencia de adhesión personal como la que encontramos en Jesús. El imperativo ¡sígueme! constituye el núcleo de su llamada. Seguir a Jesús, ir detrás de él, constituirá el centro del estilo de vida de sus discípulos. Él siempre será el Maestro, y los llamados siempre serán discípulos.

La iniciativa de Jesús de llamar a los discípulos y la autoridad con la que llama revelan una conciencia singular de sí mismo. Al actuar así, Jesús se sitúa en el mismo lugar que ocupa Dios en los relatos del Antiguo Testamento, en los que se cuenta la llamada a caudillos y profetas del pueblo para encomendarles una misión. Jesús es el Hijo de Dios.

Llama a todos. Es una llamada universal. Rompe las barreras de lo puro-impuro, pecadores-fieles. Llama a los publicanos que están lejos de la comunidad, incluso a los zelotes, o a los simples iletrados pecadores. Y a algunos los llama para una misión concreta.

A algunos, dice el evangelio de san Marcos, los llamó para que "estuvieran con él y para enviarlos a predicar". En primer lugar, para que establecieran una nueva relación con él, una relación que implica no sólo el aprendizaje de su doctrina, sino compartir su estilo de vida e identificarse con su destino. Esta identificación con Jesús es, además, la condición para que los discípulos puedan ser enviados a anunciar y hacer presente el reinado de Dios.

La llamada de Jesús incluye una misión o servicio: ser pescadores de hombres, anunciar el reino de Dios.

La llamada es apremiante. La respuesta debe ser rápida y sin reservas. No valen excusas sutiles, ni hacerse el sordo. Ante su llamada no se puede tergiversar nada ni tomarse ningún tiempo para realizar otras tareas humanas. A la llamada de Jesús para el Reino los discípulos responden inmediatamente y con toda la vida. Esa misión de los discípulos comporta el mismo riesgo a que

ha estado sometido el maestro.

Jesús responde a nuestras preguntas

"Venid y lo veréis" (Jn 1, 39). Así responde Jesús a los dos discípulos de Juan el Bautista, que le preguntaban donde vivía. En estas palabras encontramos el significado de ser discípulo de Cristo. En esta escena tan conmovedora reconocemos todo el misterio de la vocación cristiana.

Los discípulos siguieron a Cristo. Seguir a Jesús es la expresión evangélica favorita para designar el discipulado. Se sigue a una persona, y no un programa o una ideología. Cuando Jesús habla de la actitud de sus discípulos hacia él, Jesús dice: "seguir". Como las ovejas siguen al pastor (Jn 10,4.5.27). Seguir a Jesús es fiarse de Él, dejarse iluminar por Él: "El que me sigue no camina en las tinieblas, sino que tiene la luz de la vida" (Jn 8,12). La "obra" principal que el Padre pide de quienes siguen a su Hijo es "que crean en él" (Jn 6,29).

Los dos discípulos son invitados a seguirle viviendo con Él y como Él. Es la llamada de Jesús a todo hombre. Una llamada que, para ser escuchada, requiere búsqueda y generosidad. De otro modo es difícilmente perceptible.

El cristianismo prende en los apasionados por la verdad y por el amor. Hay mil maneras de buscar. Pero todos los corazones persiguen lo mismo. Se llama felicidad, amor, alegría, razones para vivir, etc. Son nombres más o menos afortunados. Todos los nacidos de mujer, sabiéndolo o no, buscamos lo mismo.

Eso, detrás de lo cual el corazón anda ansioso, tiene un nombre, toma cuerpo, se deja ver, se puede decir que pasa delante de uno. Un verdadero cristiano es quien se ha encontrado con el rostro de Jesucristo y este encuentro no le ha dejado indiferente. ¿Nos atrevemos a avanzar por el camino que se abre ante nosotros? ¿Consentimos al seguimiento sincero y generoso de Jesucristo?

Jesús llama a dar la vida

Lo experimentaron los primeros discípulos y todos los que le han seguido después. Seguir a Jesús consiste en compartir su propio destino, en ser y obrar como Él. Más en concreto: vivir su misma relación con el Padre y con los hombres, sus hermanos. Los discípulos de Jesús aceptan la vida como un don recibido de las manos del Padre, para "perderla" y verter este don sobre aquellos que el Padre les ha confiado.

La vida toda de Jesús, y todo su ser, gira en torno a la misión. En ella se concentra y se expresa su obediencia al Padre y su amor tan extremado a sus hermanos: "Nadie tiene un amor más grande que éste: el de dar la vida por los propios amigos" (Jn 15,13).

Jesús hace a sus discípulos partícipes de la misión que ha recibido del Padre. "Como me ha enviado a mí el Padre, así también yo os envío a vosotros" (Jn 20,21). Estamos llamados, por tanto, a reproducir y revivir los sentimientos del Hijo, que se sintetizan en el amor. Pero estamos llamados a hacerlo visible diversamente, según las circunstancias concretas, los dones recibidos, el modo de participar cada uno en la misión de Jesús.

Las modalidades serán diversas, pero la vocación fundamental de los discípulos es única: entregar la propia vida como lo hizo Jesús. El envío es, en efecto, el mandato de la tarde de Pascua (Jn 20,21), la última palabra antes de subir al Padre (Mt 28,16-20).

Jesús llama hoy

"Jesús, al invitar al joven rico a ir mucho más allá de la satisfacción de sus aspiraciones y proyectos personales, le dice: 'Ven y sígueme'. La vocación cristiana nace de una propuesta de amor del Señor y sólo puede realizarse gracias a una respuesta de amor: 'Jesús invita sus discípulos al don total de su vida, sin cálculo ni interés humano, con una absoluta confianza en Dios.

Los santos acogen esta invitación exigente y, con humilde docilidad, se ponen a seguir a Cristo

crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe que muchas veces no se comprende bien, consiste en dejar de colocarse en el centro y elegir avanzar contra corriente, viviendo según el Evangelio'

Siguiendo el ejemplo de tantos discípulos de Cristo, acoged también vosotros con alegría, queridos amigos, la invitación a seguirle para vivir intensamente y con fecundidad en este mundo. Por el Bautismo, en efecto, llama a cada uno a seguirle a través de acciones concretas, a amarle por encima de todo y a servirle en sus hermanos. El joven rico, infelizmente, no acogió la invitación de Jesús y se marchó muy triste. Le había faltado valentía para desprenderse de los bienes materiales para encontrar el bien incomparable que Jesús le proponía.

La tristeza del joven rico del Evangelio es la que nace en el corazón de cada uno cuando no se tiene la valentía de seguir a Cristo, de elegir la mejor opción. ¡Pero nunca es demasiado tarde para responderle!

Jesús no deja de volver su mirada de amor y de llamar a hacerse discípulos suyos, pero a algunos les propone una opción más radical.

En este Año Sacerdotal, querría exhortar a los jóvenes y adolescentes a estar atentos para saber si el Señor no les está invitando a un don mayor, por el camino del sacerdocio ministerial, y a estar disponibles para acoger con generosidad y entusiasmo este signo de predilección particular, emprendiendo el necesario camino de discernimiento con un sacerdote o con su director espiritual.

No tengáis miedo, queridos muchachos y queridas muchachas, si el Señor os llama a la vida religiosa, monástica, misionera o de especial consagración: él sabe dar una profunda alegría a quienes responden con valentía.

Invito, además, a los que sienten la vocación la matrimonio a acogerla con fe, comprometiéndose a poner sólidas bases para vivir un gran amor, fiel y abierto al don de la vida, que es riqueza y gracia para la sociedad y para la Iglesia" (BENEDICTO XVI, Mensaje a los Jóvenes en la XXV JMJ, 2010).

3. Nuestra respuesta

Un encuentro de dos libertades

La historia de toda vocación cristiana es la historia de un diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. Un encuentro de dos libertades. Nada más sagrado, nada que exija más respeto.

La intervención libre y gratuita de Dios que llama es absolutamente prioritaria, anterior y decisiva. La primacía absoluta de la gracia en la vocación encuentra su proclamación perfecta en la palabra de Jesús: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).

Esa primacía de la gracia requiere la respuesta libre del hombre. Una respuesta positiva que presupone siempre la aceptación y la participación en el proyecto que Dios tiene sobre cada uno; una respuesta que acoja la iniciativa amorosa del Señor y llegue a ser para todo el que es llamado una exigencia moral vinculante, una ofrenda agradecida a Dios y una total cooperación en el plan que Él persigue en la historia . En la vocación brillan a la vez el amor gratuito de Dios y la

Oración: Señor Jesús, ayúdanos

Señor Jesús,
que nos llamas a todos
a trabajar por Ti, a trabajar contigo.
Tú que quieres que te sigamos
y tengamos la vida verdadera,
Tú que has iluminado con tu palabra
a los que has llamado,
ilumínanos con el don de la fe en Ti.
Tú que nos has sostenido en las
dificultades, ayúdanos a vencer nuestras
dificultades de jóvenes de hoy.
Y si llamas a alguno de nosotros,
para consagrarnos del todo a Ti,
que tu amor aliente esta vocación
desde el comienzo y la haga crecer
y perseverar hasta el final.

exaltación de la libertad del hombre; la adhesión a la llamada de Dios y su entrega a Él.

"Para acoger una propuesta fascinante como la que nos hace Jesús, para establecer una alianza con él, hace falta ser jóvenes interiormente, capaces de dejarse interpelar por su novedad, para emprender con él caminos nuevos. Jesús tiene predilección por los jóvenes, como lo pone de manifiesto el diálogo con el joven rico (cf. Mt 19, 16-22; Mc 10, 17-22); respeta su libertad, pero nunca se cansa de proponerles metas más altas para su vida: la novedad del Evangelio y la belleza de una conducta santa.

Siguiendo el ejemplo de su Señor, la Iglesia tiene esa misma actitud. Por eso, queridos jóvenes, os mira con inmenso afecto; está cerca de vosotros en los momentos de alegría y de fiesta, al igual que en los de prueba y desvarío; os sostiene con los dones de la gracia sacramental y os acompaña en el discernimiento de vuestra vocación".

Es posible responder "no"

El joven rico se acercó a Jesús preguntando por el algo más que le faltaba. Había vivido cumpliendo los mandamientos desde pequeño. Cuando el joven pregunta sobre el 'algo más': "¿Qué me queda aún?", Jesús lo mira con amor y este amor encuentra aquí un nuevo significado. Jesús añade: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme".

El joven es invitado a vivir según la dimensión del don, una dimensión no sólo superior a la de las meras obligaciones morales, como a veces se consideran los mandamientos, sino más profunda y fundamental. El joven es invitado a pasar de la vida como proyecto a la vida como vocación.

El cristianismo sólo se puede vivir en plenitud si se vive desde la llamada. "Si quieres" dice el Señor. Él respeta nuestra decisión, nuestra libertad.

Texto complementario: Catequesis 5

Palabra de Dios

"Jesús salió de nuevo a la orilla del lago; la gente acudía a él y les enseñaba. Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: -Sígueme. Se levantó y lo siguió.

Estando Jesús a la mesa en su casa, de entre los muchos que lo seguían, un grupo de recaudadores y otra gente de mala fama se sentaron con Jesús y sus discípulos".

(Mateo 3, 13-15).

"Se acercó uno a Jesús y le preguntó: -Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?

Jesús le contestó: -¿Por qué me preguntas qué es bueno? Uno solo es Bueno. Mira, si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

Él le preguntó: -¿Cuáles?

Jesús le contestó: -No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo.

El muchacho le dijo: -Todo eso lo he cumplido. ¿Qué me falta?

Jesús le contestó: -Si quieres llegar hasta el final, vende lo que tienes, da el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo- y luego vente conmigo.

Al oír esto, el joven se fue triste, porque era rico".

(Mateo 19, 16-22)

"La gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, a la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra.

Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: -Rema mar adentro y echad las redes para pescar.

Simón contestó: -Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: -Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón:

-No temas: desde ahora serás pescador de hombres.

Ello sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron".

(Lucas 5, 1-11)

Santos Padres

"Habéis oído, hermanos, que Pedro y Andrés abandonaron las redes para seguir al Redentor a la primera llamada de su voz. Tal vez alguno se diga por lo bajo: Para obedecer a la llamada del Señor, ¿qué pudieron abandonar estos dos pescadores que no tenían casi nada? Pero en esta materia tenemos que considerar las disposiciones del corazón más que la fortuna.

Deja mucho el que no retiene nada para sí; deja mucho el que lo abandona todo, por muy poco que sea. Nosotros conservamos con pasión lo que poseemos, y tratamos de conseguir lo que no tenemos. Sí, Pedro y Andrés dejaron mucho, puesto que tanto uno como otro abandonaron hasta el deseo de poseer. Abandonaron mucho porque al renunciar a sus bienes renunciaron también a sus ansias. Siguiendo al Señor renunciaron a todo lo que hubieran podido desear de no haberlo seguido.

Que nadie, pues, se diga al ver que algunas renuncian a grandes bienes: Quisiera imitar a los que se desprenden así del mundo, pero no tienen nada a qué renunciar.

Hermanos, cuando renunciáis a los deseos terrestres, abandonáis mucho. Nuestros bienes exteriores, aunque sean pequeños, bastan a los ojos del Señor. El se fija en el corazón, no en la fortuna. El no pesa el valor comercial del sacrificio, sino la intención del que lo ofrece. Considerando los bienes exteriores, nuestros santos comerciantes obtuvieron la vida eterna, que es la de los ángeles, por una barca y unas redes. El Reino de Dios no tiene precio, y sin embargo te cuesta exactamente lo que tengas.

A Pedro y a Andrés les costó exactamente una barca y unas redes; a la viuda le costó dos moneditas de plata; a otro, un vaso de agua fresca (Mt 10,42). Ya lo hemos dicho, el Reino de Dios te cuesta lo que tengas. ¿Veis qué cosa tan fácil de adquirir y más preciosa para poseerla?

Tal vez ni siquiera tengas un vaso de agua fresca que ofrecer al pobre que lo necesita. Aun en este caso, la Palabra de Dios nos tranquiliza. Porque cuando nació el Redentor, los habitantes del cielo se aparecieron clamando: Gloria a Dios en el cielo, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. En efecto, a los ojos de Dios, la mano nunca se encuentra desprovista de un presente si el interior del corazón está lleno de buena voluntad. Por eso dice el salmo: En mí están, Dios mío, los presentes que yo ofreceré en alabanza tuya (Sal 55,12). Es como si dijera: Aunque no tengo nada externo que ofrecerte, encuentro, sin embargo, en mí mismo lo que pondré en el altar para tu alabanza. Porque si tú no te alimentas con nuestros dones, sí que te complaces en la ofrenda del corazón".

(SAN GREGORIO MAGNO, Hom. 5 sobre el Evangelio; PL 76, 1093)

Catecismo de la Iglesia Católica

La misión de los Apóstoles

858 Jesús es el enviado del Padre. Desde el comienzo de su ministerio, "llamó a los que él quiso, y vinieron donde él. Instituyó Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3, 13-14). Desde entonces, serán sus "enviados" [es lo que significa la palabra griega "apostoloi"]. En ellos continúa su propia misión: "Como el Padre me envió, también yo os envío" (Jn 20, 21; cf 13, 20; 17, 18). Por tanto su ministerio es la continuación de la misión de Cristo: "Quien a vosotros recibe, a mí me recibe", dice a los Doce (Mt 10, 40; cf Lc 10, 16).

859 Jesús los asocia a su misión recibida del Padre: como "el Hijo no puede hacer nada por su cuenta" (Jn 5, 19.30), sino que todo lo recibe del Padre que le ha enviado, así, aquellos a quienes Jesús envía no pueden hacer nada sin Él (cf Jn 15, 5) de quien reciben el encargo de la misión y el poder para cumplirla. Los apóstoles de Cristo saben por tanto que están calificados por Dios como "ministros de una nueva alianza" (2 Co 3, 6), "ministros de Dios" (2 Co 6, 4), "embajadores de Cristo" (2 Co 5, 20), "servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Co 4, 1).

860 En el encargo dado a los apóstoles hay un aspecto intransmisible: ser los testigos elegidos de la Resurrección del Señor y los fundamentos de la Iglesia. Pero hay también un aspecto permanente de su misión. Cristo les ha prometido permanecer con ellos hasta el fin de los tiempos (cf Mt 28, 20). "Esta misión divina confiada por Cristo a los apóstoles tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida de la Iglesia. Por eso los apóstoles se preocuparon de instituir... sucesores" (LG 20).

Los laicos. La vida consagrada

940 "Siendo propio del estado de los laicos vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, Dios les llama a que movidos por el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento" (AA 2).

941 Los laicos participan en el sacerdocio de Cristo: cada vez más unidos a El, despliegan la gracia del Bautismo y la de la Confirmación a través de todas las dimensiones de la vida personal, familiar, social y eclesial y realizan así el llamamiento a la santidad dirigido a todos los bautizados.

942 Gracias a su misión profética, los laicos, "están llamados a ser testigos de Cristo en todas las cosas, también en el interior de la sociedad humana" (GS 43, 4).

943 Debido a su misión regia, los laicos tienen el poder de arrancar al pecado su dominio sobre sí mismos y sobre el mundo por medio de su abnegación y santidad de vida (cf. LG 36).

944 La vida consagrada a Dios se caracteriza por la profesión pública de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia en un estado de vida estable reconocido por la Iglesia.

945 Entregado a Dios supremamente amado, aquél a quien el Bautismo ya había destinado a El, se encuentra en el estado de vida consagrada, más íntimamente comprometido en el servicio divino y dedicado al bien de toda la Iglesia.

Testimonio

"Así como Magdalena, agachándose, sin apartarse del sepulcro vacío, llegó por fin a encontrar lo que buscaba, así también yo, agachándome hasta las profundidades de mi nada me elevé tan alto, que conseguí mi intento...

Sin desanimarme, seguí leyendo, y esta frase me reconfortó: "Buscad con ardor los dones más perfectos, pero voy a mostraros un camino más excelente". Y el Apóstol explica cómo todos los dones, aun los más perfectos, nada son sin el amor... Afirma que la caridad es el camino excelente que conduce con seguridad a Dios.

Había hallado por fin el descanso... Al considerar el cuerpo místico de la Iglesia, no me había reconocido en ninguno de los miembros descritos por San Pablo; o mejor dicho, quería reconocermme en todos...

La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto por diferentes miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de amor.

Comprendí que solo el amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre...

Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno!

Entonces en el excelso de mi alegría delirante, exclamé: ¡Oh Jesús, amor mio!... Por fin he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el amor!

Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh, Dios mío!, vos mismo me lo habéis dado...: en el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el amor!... ¡¡¡Así lo seré todo..., así mi sueño se verá realizado!!!"

(TERESA DEL NIÑO JESÚS, Manuscritos autobiográficos, cap IX)

Catq 6: Se entrega a la muerte, libremente aceptada.

La cruz de Jesucristo es la respuesta de Dios al sufrimiento humano.

Objeto de la Catequesis:

Reconocer en la entrega de Cristo, consumada en su muerte en la cruz, la respuesta de Dios al sufrimiento humano. Este sufrimiento que es consecuencia, en última instancia, del pecado del hombre y, por tanto, de la libertad humana ante la capacidad de elección entre el bien y el mal. El dolor, como la misma libertad, es un misterio insondable ante el cual el hombre se sigue preguntando sin encontrar respuesta. El objetivo de este tema es reconocer este misterio y ver cuál es la actitud adecuada ante él.

Síntesis:

1. El sufrimiento es una realidad universal que ningún hombre ni sistema puede eliminar.
2. El tema del dolor ha sido siempre un misterio para el ser humano
3. El dolor, una vez asumido, colabora a la realización y plenitud del hombre.
4. La cruz de Jesucristo es la respuesta de Dios al sufrimiento humano.
5. El sentido de la muerte de Jesús
6. La cruz es fuente de vida.

Texto:

1. El dolor es una realidad universal que ningún hombre ni sistema puede eliminar

Todos sufrimos: es una realidad universal. Desde que nacemos no podemos evitar el dolor. No deja de ser algo significativo que lo primero que hacemos al nacer es llorar. En la Salve rezamos a la Virgen: "a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas".

En todas las etapas de nuestra vida constatamos esta realidad, pero a medida que crecemos la vamos sintiendo más. El hombre, en la medida en que es consciente de lo que le ocurre, sufre más.

Hay una lucha permanente entre dejar de sufrir y aceptar las situaciones dolorosas que nos sobrevienen inevitablemente. El ser humano busca eliminar el sufrimiento físico, psíquico y moral. La investigación científica, en el campo de la medicina por ejemplo, avanza en la lucha contra el dolor, pero no puede abolirlo. El combate frente al sufrimiento es legítimo y necesario, pero no puede ser el objetivo final, porque lleva a la frustración de no poder aniquilar algo que permanece de muchos modos en cada persona y en la sociedad.

El dolor pone al hombre ante su debilidad. El progreso humano, en todos los campos, no logra eliminarlo. No conseguimos el control para aniquilar el sufrimiento. Éste no respeta ninguna edad ni situación. Nos llegan noticias de desgracias naturales, muertes repentinas, enfermedades incurables. Conocemos niños y jóvenes a los que les sorprende en edad temprana situaciones muy dolorosas que no podemos explicar ni entender, lo cual trunca muchos proyectos aparentemente legítimos.

Esto nos lleva a preguntarnos: ¿El dolor conlleva la ruina y la tristeza para el que sufre? ¿Es posible sufrir y ser feliz? Si el objetivo final es abolir el sufrimiento para poder ser feliz, sería imposible la felicidad en esta tierra, porque es imposible eliminar totalmente el dolor. Entonces, ¿cómo integrar el dolor, las debilidades e incapacidades para que la vida sea auténticamente lograda?, ¿cómo compaginar una vida plena y auténtica cuando el dolor sobreviene?

2. El dolor es un misterio

Cuando llega una situación dolorosa se suelen dar las siguientes etapas: primero la negación de la misma, después la pregunta sobre esa situación y, tras un tiempo, la tensión entre aceptarlo o rechazarlo. Veamos cómo se dan.

Ante una circunstancia muy dolorosa es muy frecuente negarla diciéndonos: "esto no ha ocurrido", "no es posible que esto me haya sucedido a mí". Cuando uno ya no puede negarlo, porque la realidad se acaba imponiendo, se suscita la pregunta del por qué: ¿por qué esta enfermedad?, ¿por qué la muerte de este joven?, ¿por qué esta desgracia o aquel desastre natural? Y no encontramos respuesta ante este cuestionamiento existencial. Atascarse en esta etapa lleva a la frustración. No hay una respuesta plenamente convincente ante el porqué del dolor. Pero no podemos quedarnos ahí. La pregunta del porqué es inevitable y necesitamos hacerla durante un tiempo. Pero es un callejón sin salida. Necesitamos dar un paso más. Quedarse en la negación del hecho doloroso o en el cuestionamiento del porqué no permite integrar y superar ese dolor. El ser humano es el único ser que puede dar sentido a lo que aparentemente no lo tiene.

El hombre tiene la necesidad de dar sentido a toda realidad. A la pregunta del por qué debe seguir otra: la del "para qué". Pero dar este paso supone una decisión previa. Ante la realidad del dolor es necesario tomar una opción. O el lamento permanente del no poder comprender por qué ha sucedido ese acontecimiento doloroso, lo cual lleva a la amargura, o bien aceptar -aunque no se comprenda- que ese hecho tiene un sentido más allá del aparente. Viktor Frankl (1905-1997), psiquiatra y psicoterapeuta austriaco, dice: "si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento".

Aceptar el dolor lleva a integrarlo y hace posible vivirlo con paz y alegría. El cura rural de Bernanos lo dice así: "A mi entender, el auténtico dolor que brota de un hombre pertenece en primer lugar a Dios. Intento aceptarlo con corazón humilde, tal como es; me esfuerzo por hacerlo mío y por amarlo".

El dolor nos sitúa ante el misterio de algo que se nos escapa radicalmente. Y ante el misterio la actitud más adecuada es la del silencio y la adoración.

El silencio es la mejor reacción ante el dolor ajeno. Cuando alguien está sufriendo, ¿de qué le sirven las palabras, muchas veces forzadas, del que le intenta consolar? Ante el sufrimiento lo primero y fundamental es callar; no malgastar palabras, al menos no decir una sola que no se sienta completamente, pues ante el dolor todo suena a falso; cuanto más, lo que ya es falso de por sí. En esas circunstancias lo mejor es acompañar en silencio, estar junto al que sufre, tratar de asumir interiormente su dolor y así amarle sin palabras.

Ante el sufrimiento propio lo mejor es expresar el sentimiento (con palabras, gritos, con lágrimas.) y entregarlo a Dios. Son dos momentos y dos niveles: el del sentimiento del dolor que necesita ser sacado de nuestro corazón y se saca expresándolo y luego entregar al Señor ese sentimiento, ofrecerle esa situación.

Lo peor de cualquier situación dolorosa no es ésta en sí misma, sino el no poder aceptarla. Hay personas con enfermedades muy graves irreversibles, hay madres que han perdido a un hijo y que viven felices, no porque no les duela esa situación, sino porque la han aceptado y la han dado un sentido que les permite integrarla. Así pues, la adoración del misterio del dolor lleva en primer lugar a reconocerlo, luego a aceptarlo y finalmente a integrarlo.

3. El dolor, una vez asumido, colabora a la realización y plenitud del hombre

Cuando se acepta la inevitable realidad de sufrir encontramos sus aspectos positivos. Podríamos decir que sufrir no es bueno -porque no es agradable y resulta doloroso- pero sí es bueno haber sufrido, porque nos hace madurar y crecer, nos permite ser más comprensivos ante los límites de los demás. Dice Cicerón: "Al sufrimiento debemos todo lo que es bueno en nosotros, todo lo que hace amable la vida, la piedad, el valor y las virtudes". También Shakespeare valora el dolor así: "El sufrimiento despierta el espíritu, el infortunio es el camino de la sensibilidad y el corazón crece en la congoja".

Todo dolor conlleva una crisis que, cuando se supera, posibilita el crecimiento y la maduración. El dolor hace madurar y crecer, purifica, nos sitúa en nuestra más honda realidad. El sufrimiento

va limando nuestro corazón y duele mucho, pero el efecto que deja al ser limado es el de un corazón más comprensivo, más capaz de amar.

El sufrimiento aceptado permite comprender mejor la debilidad humana. Además provoca la solidaridad, dar la vida por los demás y no pensar sólo en uno mismo. El que ha sufrido sabe compadecerse mejor que el que no ha tenido esa experiencia. Por eso Dios mismo ha querido entrar en el camino del dolor. Dios, en su Hijo Jesucristo, ha asumido totalmente nuestro dolor para así consolarnos:

"Porque así dice el Señor: Yo haré derivar hacia Jerusalén, como un río, la paz; como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones. Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán: como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo" (Isaías 66, 12s).

El corazón maternal de Dios, como esa buena madre que sufre más por su hijo que por ella misma, consuela con su amor al hijo atormentado y debilitado por las dificultades de la vida.

4. La cruz de Jesucristo es la respuesta de Dios al sufrimiento humano

La realidad del sufrimiento es un escándalo para el que espera que Dios impida el dolor. La célebre acusación contra la existencia de Dios por la realidad del sufrimiento todavía permanece: ¿cómo puede seguir habiendo sufrimiento si existe un Dios bueno y omnipotente? Si fuera bueno no lo permitiría y, por otra parte, si no puede abolirlo es señal de que no es omnipotente.

Pero Dios, que es omnipotente y podría evitar todo dolor, no lo hace, no porque sea malo, sino porque acepta la libre decisión del hombre, que al enfrentarse a Dios y alejarse de Él ha abierto la puerta al dolor y a la muerte.

Ante esta situación, producida por la libertad humana, Dios libremente no suprime lo que el hombre produjo con su libertad. Pero no quiere dejarle solo y por eso Él también asume lo que, de por sí, no le corresponde. Su modo de actuar es ciertamente difícil de comprender para el hombre. Su respeto a la libertad es tan grande que más que eliminar el dolor lo que hace es asumirlo. En Jesucristo Dios acoge toda la realidad humana -y como el dolor pertenece a la condición humana real existente- Él toma sobre sí el sufrimiento para acompañar al que sufre. Este es el sentido de la Pasión: Jesucristo comparte totalmente nuestra condición doliente y nos acompaña en ella.

Así pues, ¿cuál es la respuesta de Dios ante el sufrimiento humano? Dejar que su Hijo pasase por lo mismo que nosotros, hasta morir del modo más ignominioso, como un esclavo. El Bendito por excelencia muere como un maldito.

¿Cuál es la respuesta de Dios ante el sufrimiento de su Hijo? El silencio. Nosotros diríamos: pero, Dios mío, ¿por qué no haces algo? Dios calla. Es un escándalo. Él lo podría haber evitado. Pero no, no lo hizo. ¿Por qué? ¿Por qué dejó que su Hijo muriese, sufriese? ¿Por qué en Getsemaní, cuando su Hijo con lágrimas en los ojos y sudando sangre de angustia le pidió clemencia, que pasase de Él ese cáliz amargo de sangre, por qué en ese momento calla? Es el Misterio de Dios, el Misterio del sufrimiento, el Misterio del hombre.

La contemplación del rostro de Cristo nos lleva así a acercarnos al aspecto más paradójico de su misterio, como se ve en la hora extrema, la hora de la Cruz. Misterio en el misterio, ante el cual el ser humano ha de postrarse en adoración.

Pasa ante nuestra mirada la intensidad de la escena de la agonía en el huerto de los Olivos. Jesús, abrumado por la previsión de la prueba que le espera, solo ante Dios, lo invoca con su habitual y tierna expresión de confianza: "¡Abbá, Padre!". Le pide que aleje de él, si es posible, la copa del sufrimiento (cf. Mc 14,36). Pero el Padre parece que no quiere escuchar la voz del Hijo. Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del "rostro" del pecado. "Quien no conoció pecado, se hizo pecado por nosotros,

para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2 Co 5,21).

Nunca acabaremos de conocer la profundidad de este misterio. Es toda la aspereza de esta paradoja la que emerge en el grito de dolor, aparentemente desesperado, que Jesús da en la cruz: "Eloí, Eloí, ¿lema sabactaní?" -que quiere decir- "¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,34). ¿Es posible imaginar un sufrimiento mayor, una oscuridad más densa?.

¿Qué hace Jesús ante su propio sufrimiento durante la Pasión? Jesús habitualmente calla y cuando habla no lo hace para defenderse, sino para enseñar, para educar con su actitud.

¿Qué ocurre en el Calvario? Hay silencio, sólo roto por los que se burlan de Jesús o por sus "siete palabras" en la cruz. En estas palabras está la oración-lamento del que sufre: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"; la exhalación con la que se desahoga (es hombre como nosotros): "Tengo sed"; con la que se dirige al Padre: "Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado", "Todo está cumplido", "Padre a tus manos encomiendo mi espíritu". También en la cruz manifiesta su poder y señorío (sigue siendo Dios): "Hoy estarás conmigo en el paraíso", "Mujer, ahí tienes a tu hijo; hijo, ahí tienes a tu madre". El resto es silencio y, sobre todo, al consumarse la muerte, la tierra se estremece, el velo del Templo se parte en dos y sólo se escucha la estremecida voz del centurión que lo custodiaba: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios". Jesús evangeliza en su vida terrena, y en su muerte, silenciosamente. Sin dejar de ser Hijo de Dios, en la cruz manifiesta su lado más humano, del que quiso hacerse en todo semejante a nosotros excepto en el pecado. Nos resulta difícil comprender por qué Dios se revela en esa debilidad.

5. El sentido de la muerte de Jesús

La muerte del Hijo de Dios en la cruz es un misterio. Ante el misterio, decíamos antes hablando del sufrimiento, la mejor respuesta es la contemplación y la adoración del mismo. No avanzamos preguntándonos por el por qué. Pero sí cuando nos interrogamos: ¿para qué muere Jesús?

a) Librementemente y por amor

Jesús acepta la muerte de un modo voluntario y libre. ¿Para qué? Para redimirnos del pecado. Este "para qué" contiene un por qué más profundo: el amor del Padre que se manifiesta en su Hijo Jesucristo:

Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, los amó hasta el extremo (Jn 13, 1) porque nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos (Jn 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (cf. Hb 2, 10. 17-18; 4, 15; 5, 7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte (cf. Jn 18, 4-6; Mt 26, 53) .

Jesús asume la muerte, no porque le resulte agradable, sino porque quiere hacer la Voluntad del Padre, que por Amor pide esa entrega definitiva. Así lo expresa un teólogo moderno:

El Crucificado no conserva nada que pertenezca al mundo; por eso Satanás, el príncipe de este mundo, no tiene ningún poder sobre Él. El Señor ha sido despojado de todo: de sus derechos, honra y dignidad. Arrebatado a la justicia, es libre, verdaderamente pobre en el Espíritu, todo humildad y obediencia. Muerto al mundo, vive para Dios. El Crucificado nos muestra que el fin verdadero del hombre no es el placer del cuerpo, ni el poder, ni las riquezas, ni la gloria delante de los hombres; ni siquiera el amor terreno, la beneficencia o el servicio a la humanidad. El fin es Dios, a quien pertenecen exclusivamente todo nuestro ser, nuestro amor y nuestras fuerzas. Por consiguiente, el Crucificado es el modelo de nuestra vocación verdadera: servir al Amor divino y entrar en ese Amor por la humildad y la obediencia

Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal, que es anterior a nuestro mérito: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10; cf. 4, 19). "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5, 8)"

En la cruz de Cristo se manifiestan dos realidades: el amor de Dios y la malicia del pecado:

La cruz se revela en toda su profundidad y plenitud como Misericordia, como Amor eterno a los pecadores. Pero al mismo tiempo nos revela qué horrible es el alejamiento de Dios y el pecado, cuando por su causa muere Cristo en la Cruz. Hacía falta un acto de amor tan ilimitado e increíble para que se rompiera el hielo del odio a Dios. Pero al mismo tiempo había que desenmascarar el pecado en toda su malicia. Cuando estuvo suspendido de la Cruz, todo el mundo tuvo que reconocer la gravedad del pecado; mas también todos debieron admitir cómo ama Dios.

b) A todos y cada uno

La eficacia de la redención de Cristo afecta a todos los hombres de un modo personal. "Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (Rm 5, 19):

El sentido que Jesús daba a su muerte lo dejó claro anticipadamente, en el momento de la institución de la Eucaristía: "Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros". Ninguna fórmula de fe del Nuevo Testamento y de la Iglesia dice que Jesús murió "a causa de los pecados de los judíos"; todas dicen que "murió a causa de 'nuestros' pecados", es decir, de los pecados de todos.

El colectivo "todos" supone que afecta a cada uno en particular. Es un beneficio del que todos participamos de un modo compartido y no competitivo. Por eso, todo hombre puede recibir la gracia del perdón redentor de Cristo.

6. La cruz es fuente de vida.

Jesús asume todo lo humano y por eso acepta el sufrimiento como algo que hay que tomar para que el hombre sea liberado de él. Muchas veces estamos centrados en nuestro problema o nuestro dolor. Mirar a Cristo en la cruz es encontrar el consuelo y la paz para vivir nuestros sufrimientos. Centrarnos en el dolor personal es entrar en una dinámica de frustración. Salir de uno mismo mirando a la cruz de Cristo es saberse acompañado por Él que ha querido tomar sobre sí todas nuestras dolencias por amor:

¿Qué cosa manifiesta tanto la misericordia de Dios como el hecho de haber asumido nuestra miseria? ¿Qué amor puede ser más grande que el del Verbo de Dios, que por nosotros se ha hecho como la hierba débil del campo? Señor, ¿qué es el hombre para que le des importancia, para que te ocupes de él? Que comprenda, pues, el hombre hasta qué punto Dios cuida de él; que reflexione sobre lo que Dios piensa y siente de él. No te preguntes ya, oh hombre, por qué tienes que sufrir tú; pregúntate más bien por qué sufrió él. De lo que quiso sufrir por ti puedes deducir lo mucho que te estima; a través de su humanidad se te manifiesta el gran amor que tiene para contigo. Cuanto menor se hizo en su humanidad, tanto mayor se mostró en el amor que te tiene, y cuanto más se anonadó por nosotros, tanto más digno es de nuestro amor.

Esta es la experiencia de los santos, que al unirse a la Cruz de Cristo encuentran el sentido pleno de su entrega.

a) En la compañía de los santos y de toda la Iglesia

San Pablo experimenta en su propia carne la cruz de Jesús: "Estoy crucificado con Cristo; vivo yo, pero no soy yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal. 2.19-20). "Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los griegos: mas para los llamados... fuerza

de Dios y sabiduría de Dios... Pues no quise saber entre vosotros otra cosa sino a Jesucristo, y éste crucificado" (1Co 1,23-24: 1Co 2, 2). Vive todas las penalidades que sufre en la misión con la alegría del que se sabe unido a Cristo.

San Ignacio de Antioquía, obispo, uno de los primeros mártires, mientras era conducido al circo romano para ser devorado por las fieras, escribía a las comunidades cristianas: "Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios" .

San Francisco de Asís, que tiene una visión y una experiencia mística de la cruz en la que recibe las cinco llagas dirá: "Me sé de memoria a Jesucristo crucificado". Este conocimiento se aprende mirando al crucifijo, como hacía también Santo Tomás de Aquino. Es un conocimiento comprensivo y entrañable. Es un conocimiento fruto del amor, pues "el amor produce el conocimiento y lleva al conocimiento" (Platón).

La Beata Teresa de Calcuta dice: "Nuestros sufrimientos son caricias bondadosas de Dios, llamándonos para que nos volvamos a Él, y para hacernos reconocer que no somos nosotros los que controlamos nuestras vidas, sino que es Dios quien tiene el control, y podemos confiar plenamente en Él".

b) En la cruz está la vida y el consuelo

La contemplación de Cristo nos permite ver cómo su muerte es fuente de vida. Es normal que el dolor asuste -así le pasó a Jesús en el huerto de los olivos- pero cuando se acepta y se integra como paso necesario para una vida resucitada es fecundo. Por eso dirá Santa Teresa de Jesús: "En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo".

La Cruz es el único medio que tenemos para ascender hasta Dios. Lo que no lleva esta marca no es bien celestial y no llega a buen término. Sólo se deja paso libre a lo que está marcado con esta señal. Debemos preguntarnos a cada instante si nuestras acciones salen airoas al confrontarlas con la Cruz. Sólo entonces son legítimas y están orientadas hacia la eternidad, hacia la vida. El que entra seriamente en el camino de la Cruz, quedará cambiado en su interior, maduro, lleno de suavidad y dulzura.

Nosotros seremos iguales a Él, si llevamos su Cruz tras Él. Si tomamos parte en el dolor, dejándonos marcar por la Cruz, veremos brillar cada vez más sobre nosotros su misterio en el aspecto más maravilloso, triunfante y gozoso.

c) La salvación pasa por la cruz.

Cristo murió una vez y por todos, pero en los miembros de su cuerpo sigue sufriendo cada día. El corazón de Cristo es como un gran océano en el que confluyen todos los ríos y mares del dolor humano; su Cuerpo es como un mosaico inmenso en el que se colocan todas las llagas de los hombres. Cristo sufre con todo el dolor de la humanidad, de cada hombre. Por eso Él y sólo Él puede restaurar y dar sentido al sufrimiento.

El sufrimiento tiene sentido porque será el paso necesario para que nuestra vida sea transfigurada. El pan no se puede repartir si antes no se parte, no se rompe. Tampoco nosotros podremos repartirnos, podremos manifestar la vida que llevamos dentro y a la que estamos llamados si no nos partimos, si no aceptamos sufrir por amor. Estar así es camino de salvación, es vía hacia la resurrección, es vivir como Jesús la humanidad, es ser personas en plenitud.

Todo dolor, como el que es consecuencia de nuestra fidelidad en el trabajo por el Evangelio, es fuente de vida si lo vivimos unido al de Cristo. El grano que muere, da fruto; el que es levantado en la cruz tiene una fuerza que atrae a todos hacia Él; el atravesado por la lanza suscita la fe en quien lo mira.

La muerte no tiene la última palabra. Cristo con su resurrección ha vencido el poder del pecado y de la muerte. El significado de la muerte de Jesús queda iluminado con la gloria de la resurrección.

Palabra de Dios

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano; así asombrará muchos pueblos: ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se reveló el brazo del Señor?

Creció en su presencia como un brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como un cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron. ¿Quién meditó en su destino?

Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malhechores; porque murió con los malvados, aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento. Cuando entregue su vida como expiación, verá su descendencia, prolongará sus años; lo que el Señor quiere prosperará por sus manos. A causa de los trabajos de su alma, verá y se hartará; con lo aprendido, mi Siervo justificará a muchos, cargando con los crímenes de ellos.

Por eso le daré una parte entre los grandes, con los poderosos tendrá parte en los despojos; porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, y él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

(Isaías 52,13 - 53,12)

Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo hace estrago y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas.

Tengo además otras ovejas que no son de este redil; también a éstas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo Pastor. Por eso me ama el Padre: porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla. Este mandato he recibido del Padre.

(Juan 10, 11-18)

El mensaje de la cruz es necesidad para los que están en vías de perdición; pero para los que están en vías de salvación -para nosotros- es fuerza de Dios. Dice la Escritura: "Destruiré la sabiduría de los sabios, frustraré la sagacidad de los sagaces". ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el letrado? ¿Dónde está el sofista de nuestros tiempos? ¿No ha convertido Dios en necesidad la sabiduría del mundo?

Y como en la sabiduría de Dios, el mundo no lo conoció por el camino de la sabiduría, quiso Dios valerse de la necesidad de la predicación para salvar a los creyentes.

Porque los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necesidad para los griegos; pero ara los llamados a Cristo -judíos o griegos-, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo necio de Dios es más sabio que los hombres; y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

(1 Corintios 1, 18-25)

Santos Padres

El Señor fue como cordero llevado al matadero, y sin embargo no era un cordero; y como oveja enmudecía, y sin embargo no era una oveja: en efecto, ha pasado la figura y ha llegado la realidad: en lugar de un cordero tenemos a Dios, en lugar de una oveja tenemos un hombre, y en el hombre, Cristo, que lo contiene todo.

El Señor, siendo Dios, se revistió de la naturaleza de hombre: sufrió por el que sufría, fue encarcelado en

bien del que estaba cautivo, juzgado en lugar del culpable, sepultado por el que yacía en el sepulcro. Y, resucitando de entre los muertos, exclamó con voz potente: "¿Quién tiene algo contra mí? ¿Que se me acerque! Yo soy quien he librado al condenado, yo quien he vivificado al muerto, yo quien hice salir de la tumba al que ya estaba sepultado. ¿Quién peleará contra mí? Yo soy -dice- Cristo; el que venció la muerte, encadenó al enemigo, pisoteó el infierno, maniató al fuerte, llevó al hombre hasta lo más alto de los cielos; yo, en efecto, que soy Cristo.

Venid, pues, vosotros todos, los hombres que os halláis enfangados en el mal, recibid el perdón de vuestros pecados. Porque yo soy vuestro perdón, soy la Pascua de salvación, soy el cordero degollado por vosotros, soy vuestra agua lustral, soy vuestra vida, vuestra resurrección, vuestra luz, vuestra salvación y vuestro rey. Puedo llevaros hasta la cumbre de los cielos, os resucitaré, os mostraré al Padre celestial, os haré resucitar con el poder de mi diestra".

(MELITÓN DE SARDES, Homilía sobre la Pascua Núms 2-7. 100-103)

Catecismo de la Iglesia Católica

La muerte de Cristo es el sacrificio único y definitivo

613 La muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres (cf. 1 Co 5, 7; Jn 8, 34-36) por medio del "cordero que quita el pecado del mundo" (Jn 1, 29; cf. 1 P 1, 19) y el sacrificio de la Nueva Alianza (cf. 1 Co 11, 25) que devuelve al hombre a la comunión con Dios (cf. Ex 24, 8) reconciliándole con El por "la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados" (Mt 26, 28; cf. Lv 16, 15-16).

614 Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios (cf. Hb 10, 10). Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con él (cf. Jn 4, 10). Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor (cf. Jn 15, 13), ofrece su vida (cf. Jn 10, 17-18) a su Padre por medio del Espíritu Santo (cf. Hb 9, 14), para reparar nuestra desobediencia.

Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia

615 "Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos" (Rm 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que "se dio a sí mismo en expiación", "cuando llevó el pecado de muchos", a quienes "justificará y cuyas culpas soportará" (Is 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Cc de Trento: DS 1529).

Nuestra participación en el sacrificio de Cristo

618 La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2), él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual" (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (Mt 16, 24) porque él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 P 2, 21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquéllos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35):

Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo (Sta. Rosa de Lima, vida)

Testimonio

Soy Lourdes, disminuida física. Mi discapacidad me afecta al habla. No puedo hablar y tampoco puedo andar; por ello debo utilizar una silla de ruedas.

Durante mucho tiempo he vivido angustiada. A menudo me he preguntado cuál era el sentido de mi vida y por qué me ha pasado esto a mí. Esta pregunta ha sido constante y la prueba ha sido dura. Durante años la única respuesta ha sido descubrir cada mañana que estaba siempre en el mismo sitio: atada a una silla de ruedas. A veces he sentido que me habían arrancado la esperanza. Me sentía como si llevara una cruz, pero sin el aliento de la fe.

Un día descubrí a Jesucristo y cambió mi vida. El Señor con su gracia me ayudó a recobrar la esperanza y a caminar hacia delante. Ahora cuando veo a otros jóvenes enfermos al lado mío, pienso que mi cruz es muy pequeña comparada con la de ellos, y me gustaría mostrarlas cómo yo encontré al Señor para transformar su dolor en un camino de esperanza, de vida y de santidad.

La fe fortalece mi vida. Cada día me pongo en las manos de Dios. Él me da fuerza. Él me ayuda siempre a superar los momentos difíciles y ha puesto a mi lado muchas personas que me quieren y me animan a seguir con alegría mi camino de fe.

Santo Padre: soy una joven como todos los que le acompañan en esta tarde. Soy consciente de que tengo una minusvalía, pero me siento útil y, por ello, alegre. Sé que mi silla de ruedas es como un altar en el que, además de santificarme, estoy ofreciendo mi dolor y mis limitaciones por la Iglesia, por Vuestra Santidad, por los jóvenes y por la salvación del mundo.

En mi Via-Crucis me siento alentada por el testimonio de Vuestra Santidad que lleva también sobre sus hombros la cruz de la enfermedad y de las limitaciones físicas y, además, el dolor y el sufrimiento de toda la humanidad. ¡Gracias, Santo Padre, por su ejemplo!

(LOURDES CUNÍ, Testimonio ante el Siervo de Dios Juan Pablo II en Cuatro Vientos, 3 mayo 2003).

Catq 7: Resucitó al tercer día

La Resurrección de Jesucristo trae una vida nueva

Objeto de la Catequesis:

Mostrar cómo la Resurrección de Cristo manifiesta la victoria absoluta y definitiva sobre todo sufrimiento y, en último término, sobre el pecado y la muerte. Jesús, que ha querido pasar por el dolor, consecuencia de la libertad humana, lo ha vencido resucitando de entre los muertos.

Síntesis:

1. Un acontecimiento sorprendente
2. La resurrección es muestra del poder de Dios
3. La resurrección: fundamento de la fe de la Iglesia
4. La fe en la resurrección es fuente de salvación
5. La resurrección es un acontecimiento histórico y trascendente
6. La resurrección de Jesucristo trae una vida nueva
7. Es una gran noticia que debe ser comunicada: comunidad y evangelización

Texto:

Jesucristo es el "primogénito de entre los muertos" (Col 1,18; Ap 1,5) que nos ha abierto el camino de la vida nueva por su resurrección. En ésta se manifiesta el sentido de su muerte. Jesús resucitado nos revela un Dios de vivos y no de muertos. Él mismo se autoproclama "la resurrección y la vida" (Jn 11,25). El cristiano desde el bautismo participa en la muerte y resurrección de Cristo y así puede encontrar vida en cualquier situación.

1. Un acontecimiento sorprendente

"¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" (Lc 24,34). Es el grito de los discípulos a los de Emaús cuando, después de encontrarse con Jesús, vuelven a la comunidad de Jerusalén.

Jesús verdaderamente resucitó y así lo fueron descubriendo los testigos de sus apariciones. Al principio no podían creerlo: como vemos por ejemplo en Tomás (Jn 20,24), los discípulos de Emaús (Lc 24,13ss). Era algo impensable. Que había muerto era evidente. ¿Quién iba a pensar que un muerto volviera a la vida? Jesús durante su vida en la tierra resucitó muertos (como Lázaro -Jn 11,43s), pero la resurrección de Jesús es distinta: ya no morirá más.

El cuerpo de Jesús resucitado es una carne transfigurada, con propiedades espirituales: es material y espiritual a la vez. ¿Por qué? Porque la carne ha sido espiritualizada con la presencia del Espíritu Santo. Por eso es nota común a las apariciones que al principio a Jesús no le reconocen (María Magdalena -Jn 20,15; los de Emaús -Lc 24,16, etc.). Es el mismo pero está

transformado; ya no es lo mismo, su humanidad ha recibido la plenitud del Espíritu Santo.

2. La resurrección es muestra del poder de Dios

La primera fórmula de fe que aparece en el Nuevo Testamento es muy básica: "Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos". La fórmula es un fragmento kerigmático, es decir, de la fe original predicada por los apóstoles, como atestigua el primer escrito del Nuevo Testamento, la carta a los Tesalonicenses 1,10 (escrita por San Pablo hacia el año 50 d.C.) . En esta primera expresión, ¿por qué Dios es el sujeto? Porque sólo Dios tiene fuerza para dar vida a un muerto

Así se muestra el poder de Dios que es el único que puede salvar: "Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder" (1Co 6,14) (54-57 d.C). No es sólo proclamación de un acontecimiento, sino que es fuerza que se comunica y propaga a todos los hombres

Más adelante, sin cambio de sentido, aparecerá la expresión "Cristo resucitó" (1Co 15,13s); "el Señor ha resucitado" (Lc 24,34). Es Jesús, en cuanto que es Cristo (es decir: el Ungido por el Espíritu Santo), en cuanto que es Señor (es decir: título divino del que tiene el poder sobre todo) el que puede vencer el poder de la muerte con la vida nueva de la resurrección. La resurrección confirma que Jesús no es un mero hombre, sino que es Dios.

La resurrección es una "nueva creación", por la que todo vuelve a ser hecho. Al igual que en la primera creación actuó la Trinidad en unidad, así también en la resurrección: es el Padre el que resucita a Jesús y es el Hijo el que resucita por la fuerza del Espíritu Santo

3. La resurrección: fundamento de la fe de la Iglesia

La resurrección de Cristo, realizada con la fuerza de Dios, es el centro y la originalidad de la fe cristiana.

"Os anunciamos la Buena Nueva de que la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús" (Hch 13,32-33). La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio Pascual al mismo tiempo que la Cruz .

Dios, que se ha hecho hombre en Jesucristo, ha resucitado de entre los muertos. Así lo expresa 1Co de un modo más desarrollado:

Os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí:

- que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras;
- que fue sepultado y
- que resucitó al tercer día, según las Escrituras;
- que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron.

Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un abortivo (1 Co 15,3-8).

San Pablo desarrolla en este "credo" primitivo escrito hacia el año 56 la fe en la resurrección que él ha recibido y por eso "transmite". Los exegetas dicen que este texto no es invención de Pablo, sino que recoge lo que él ha escuchado de los apóstoles y lo confirma con su testimonio. El mensaje central que Pablo ha recibido es que el que murió y fue sepultado resucitó. Para que haya resurrección es necesario atestiguar la muerte y ésta se confirma con la sepultura. De ahí que afirmar la muerte y sepultura son necesarias para poder afirmar la resurrección.

Pero la fuerza de la resurrección está en el testimonio de los testigos. Pablo señala algunos de

ellos: Pedro, los Doce apóstoles, un gran número de discípulos y, por último, a él mismo. El mismo Pablo es testigo de la resurrección y si tiene fe en ella y la confiesa con tanta convicción es porque ha sido testigo de primera mano.

Primero el testimonio del sepulcro vacío y después las numerosas apariciones hacen posible que el mensaje de la resurrección sea creíble para los testigos y aquellos a los que éstos comunican esta buena nueva.

4. La fe en la resurrección es fuente de salvación

Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe (1Co 15,17). Por eso la fe cristiana tiene su fundamento en la victoria de la vida sobre la muerte. Esto es lo que nos salva. La fe en la resurrección que nos libera del poder del mal, del pecado, de la muerte:

Porque, si confieras con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo. Pues con el corazón se cree para conseguir la justicia, y con la boca se confiesa para conseguir la salvación (Rm 10,9-10).

La confesión de Cristo muerto y resucitado es tabla de salvación para el creyente.

La resurrección de Cristo transforma el cansancio y la frustración en esperanza. ¡Es posible algo nuevo! ¡Siempre es posible el cambio! No hay nada que esté perdido. Esta es la experiencia de los discípulos: con miedo, encerrados en el cenáculo, sólo les hace superar el temor ver a Jesús resucitado. Jesús se aparece, y esto les devuelve la esperanza. Así también los de Emaús cambian radicalmente: de huir de Jerusalén defraudados por el triste final de Aquel al que habían seguido y había "fracasado" en la cruz, pasan a volver rápidamente al descubrir que Jesús está vivo. "Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén" (Lc 24,33).

5. La resurrección es un acontecimiento histórico y trascendente

"El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento".

La credibilidad de las apariciones viene dada por las notas comunes que en ellas se repiten: es un acontecimiento inesperado, en primera instancia no reconocen que es Jesús, les cuesta salir de la tristeza en la que están, al principio les cuesta creer que sea Jesús, sólo por sus gestos y palabras lo reconocen. Así, por ejemplo, los de Emaús salen de Jerusalén decepcionados y sólo le reconocen cuando Jesús hace el signo del "partir el pan" (Lc 24,31) y en ese momento se dan cuenta de que su corazón ardía cuando Él les hablaba en el camino (Lc 24,32).

Es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte en cruz de su Maestro, anunciada por él de antemano (cf. Lc 22, 31-32). La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que los discípulos (por lo menos, algunos de ellos) no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, los evangelios nos presentan a los discípulos abatidos ("la cara sombría": Lc 24, 17) y asustados (cf. Jn 20, 19). Por eso no creyeron a las santas mujeres que regresaban del sepulcro y "sus palabras les parecían como desatinos" (Lc 24, 11; cf. Mc 16, 11. 13). Cuando Jesús se manifiesta a los once en la tarde de Pascua "les echó en cara su incredulidad y su dureza de cabeza por no haber creído a quienes le habían visto resucitado" (Mc 16, 14) .

Muchos se preguntan el "cómo" de la resurrección, pero sólo sabemos el "qué". La fe de la Iglesia, atestiguada por los testimonios, manifiesta el hecho de la resurrección, pero no se concreta la forma como ésta se dará. Así lo dice el Catecismo: Nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la

realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia .

6. La resurrección de Jesucristo trae una vida nueva

Hemos de entender el sentido de la resurrección como complemento al de la muerte. Si por la muerte de Jesús somos liberados del pecado y de la muerte eterna, por la resurrección se nos abre el camino a una vida nueva . En palabras de San Pablo: con la muerte de Cristo muere nuestro hombre viejo y con su resurrección renace el hombre nuevo: "Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo" (Col 3,9).

En el bautismo participamos del misterio pascual a través del signo del agua. Ser sepultados en el agua significa morir a todo lo viejo (el pecado, el resentimiento, la frustración.) y salir del agua supone comenzar una vida nueva en Dios: "Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que resucitó de entre los muertos" (Col 2,12).

La vida nueva que nos trae Cristo resucitado es la vida eterna . No se trata sólo de la vida futura, sino que cuando vivimos en el Espíritu ya poseemos la vida eterna, aunque no plenamente:

Conviene no olvidar que la vida nueva y eterna no es, en rigor, simplemente otra vida; es también esta vida en el mundo. Quien se abre por la fe y el amor a la vida del Espíritu de Cristo, está compartiendo ya ahora, aunque de forma todavía imperfecta, la vida del Resucitado: "Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (Jn 17, 3). ésta encuentra su "pleno significado" en la comunión con el Padre" (EV 1). la vida eterna, siendo "la vida misma de Dios y a la vez la vida de los hijos de Dios" (EV 38), "no se refiere sólo a una perspectiva supratemporal", pues el ser humano "ya desde ahora se abre a la vida eterna por la participación en la vida divina" (EV 37) .

7. Es una gran noticia que debe ser comunicada: comunidad y evangelización

Es nota común a todas las apariciones, que los que ven a Jesús no pueden callárselo. Es tan grande la noticia que han de anunciarlo. Así pues, la resurrección lleva a volver a la comunidad y al anuncio. Las primeras en encontrar el domingo de Pascua el sepulcro vacío fueron mujeres, que corren para comunicarles a los discípulos la gran noticia (Lc 24,9-10; Jn 20,1 cita sólo a

Oración: Cristo, alegría del mundo

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame:

Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.
Cristo, alegría del mundo,
resplandor de la gloria del Padre.
¡Bendita la mañana
que anuncia tu esplendor al universo!

En el día primero,
tu resurrección alegraba
el corazón del Padre.
En el día primero,
vio que todas las cosas eran buenas
porque participaban de tu gloria.

La mañana celebra
tu resurrección y se alegra
con claridad de Pascua.
Se levanta la tierra
como un joven discípulo en tu busca,
sabiendo que el sepulcro está vacío.

En la clara mañana,
tu sagrada luz se difunde
como una gracia nueva.
Que nosotros vivamos
como hijos de luz y no pequemos
contra la claridad de tu presencia.

María Magdalena) y que han visto a Jesús resucitado (Jn 20,18). Asumen el riesgo de no ser creídas. Pero es más fuerte la experiencia que el temor al qué dirán.

La experiencia de Jesús resucitado hace volver a la comunidad a los que se han ido de ella por miedo o decepción (como los de Emaús: Lc 24,33). El encuentro con Jesús vivo lleva a vivir la fe en la comunidad, a compartirla, a anunciarla.

Texto complementario : Catequesis 7

Palabra de Dios

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: -Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: -Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: -Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: -Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: -Si no veo en sus manos la señal de los calvos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: -Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: -Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: -¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: -¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

(Juan 20, 19-31)

Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva.

Porque si nuestra existencia está unida a él en una muerte como la suya, lo estará también en una resurrección como la suya. Comprendamos que nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores, y nosotros libres de la esclavitud del pecado: porque el que muere ha quedado absuelto del pecado.

Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que t; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; y su vivir es un vivir para Dios.

Lo mismo vosotros consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

(Romanos 6, 3-11)

Santos Padres

Fuisteis conducidos a la santa piscina del divino bautismo, como Cristo desde la cruz fue llevado al sepulcro.

Y se os preguntó a cada uno si creáis en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Después de haber confesado esta fe salvadora, se os sumergió por tres veces en el agua y otras tantas fuisteis sacados de la misma: con esto significasteis, en imagen y símbolo, los tres días de la sepultura de Cristo.

Pues así como nuestro Salvador pasó en el seno de la tierra tres días y tres noches, de la misma manera

vosotros habéis imitado con vuestra primera emersión el primer día que Cristo estuvo en la tierra, y, con vuestra inmersión, la primera noche. Porque, así como de noche no vemos nada y, en cambio, de día lo percibimos todo, del mismo modo en vuestra inmersión, como si fuera de noche, no pudisteis ver nada; en cambio, al emerger os pareció encontraros en pleno día; y en un mismo momento os encontrasteis muertos y nacidos, y aquella agua salvadora os sirvió a la vez de sepulcro y de madre.

(.) ¡Oh maravilla nueva e inaudita! No hemos muerto ni hemos sido sepultados, ni hemos resucitado después de crucificados en el sentido material de estas expresiones, pero, al imitar estas realidades en imagen hemos obtenido así la salvación verdadera.

(.) Nuestro bautismo, como bien sabemos, además de limpiarnos del pecado y darnos el don del Espíritu es también tipo y expresión de la pasión de Cristo. Por eso Pablo decía: ¿Es que no sabéis que los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo Jesús fuimos incorporados a su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte.

(De las Catequesis de Jerusalén)

Para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos.

Cristo no descendió a la tierra sino para destrozarse las puertas de bronce y quebrar los cerrojos de hierro, que, desde antiguo, aprisionaban al hombre, y para librar nuestras vidas de la corrupción y atraernos hacia él, trasladándonos de la esclavitud a la libertad.

Si este plan de salvación no lo contemplamos aún totalmente realizado -pues los hombres continúan muriendo y sus cuerpos continúan corrompiéndose en los sepulcros-, que nadie vea en ello un obstáculo para la fe. Que piense más bien cómo hemos recibido ya las primicias de los bienes que hemos mencionado y cómo poseemos ya la prenda de nuestra ascensión a lo más alto de los cielos, pues estamos ya sentados en el trono de Dios, junto con aquel que, como afirma san Pablo, nos ha llevado consigo a las alturas; escuchad, si no, lo que dice el Apóstol: Nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él.

Llegaremos a la consumación cuando llegue el tiempo prefijado por el Padre, cuando, dejando de ser niños, alcancemos la medida del hombre perfecto. Así le agradó al Padre de los siglos, que lo determinó de esta forma para que no volviéramos a recaer en la insensatez infantil, y no se perdieran de nuevo sus dones.

(SAN ATANASIO DE ANTIOQUÍA, OBISPO, Sermón 5 sobre la resurrección de Cristo, 6-7)

Catecismo de la Iglesia Católica

El estado de la humanidad resucitada de Cristo

645 Jesús resucitado establece con sus discípulos relaciones directas mediante el tacto (cf. Lc 24, 39; Jn 20, 27) y el compartir la comida (cf. Lc 24, 30. 41-43; Jn 21, 9. 13-15). Les invita así a reconocer que él no es un espíritu (cf. Lc 24, 39) pero sobre todo a que comprueben que el cuerpo resucitado con el que se presenta ante ellos es el mismo que ha sido martirizado y crucificado ya que sigue llevando las huellas de su pasión (cf. Lc 24, 40; Jn 20, 20. 27). Este cuerpo auténtico y real posee sin embargo al mismo tiempo las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, pero puede hacerse presente a su voluntad donde quiere y cuando quiere (cf. Mt 28, 9. 16-17; Lc 24, 15. 36; Jn 20, 14. 19. 26; 21, 4) porque su humanidad ya no puede ser retenida en la tierra y no pertenece ya más que al dominio divino del Padre (cf. Jn 20, 17). Por esta razón también Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer como quiere: bajo la apariencia de un jardinero (cf. Jn 20, 14-15) o "bajo otra figura" (Mc 16, 12) distinta de la que les era familiar a los discípulos, y eso para suscitar su fe (cf. Jn 20, 14. 16; 21, 4. 7).

646 La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado antes de Pascua: la hija de Jairo, el joven de Naim, Lázaro. Estos hechos eran acontecimientos milagrosos, pero las personas afectadas por el milagro volvían a tener, por el poder de Jesús, una vida terrena "ordinaria". En cierto momento, volverán a morir. La resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio. En la Resurrección, el cuerpo de Jesús se llena del poder del Espíritu Santo; participa de la vida divina en el estado de su gloria, tanto que San Pablo puede decir de Cristo que es "el hombre celestial" (cf. 1 Co 15, 35-50).

La resurrección como acontecimiento transcendente

647 "¡Qué noche tan dichosa, canta el 'Exultet' de Pascua, sólo ella conoció el momento en que Cristo

resucitó de entre los muertos!". En efecto, nadie fue testigo ocular del acontecimiento mismo de la Resurrección y ningún evangelista lo describe. Nadie puede decir cómo sucedió físicamente. Menos aún, su esencia más íntima, el paso a otra vida, fue perceptible a los sentidos. Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia. Por eso, Cristo resucitado no se manifiesta al mundo (cf. Jn 14, 22) sino a sus discípulos, "a los que habían subido con él desde Galilea a Jerusalén y que ahora son testigos suyos ante el pueblo" (Hch 13, 31).

Testimonio

« No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive » (Ap 1, 17-18)

El Resucitado está siempre con nosotros

6. En la época del autor del Apocalipsis, tiempo de persecución, tribulación y desconcierto para la Iglesia (cf. Ap 1, 9), en la visión se proclama una palabra de esperanza: « No temas, soy yo, el Primero y el Último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades » (Ap 1, 17-18). Estamos ante el Evangelio, « la Buena nueva », que es Jesucristo mismo. Él es el Primero y el Último: en Él comienza, tiene sentido, orientación y cumplimiento toda la historia; en Él y con Él, en su muerte y resurrección, ya se ha dicho todo. Es el que vive: murió, pero ahora vive para siempre. Él es el Cordero que está de pie en medio del trono de Dios (cf. Ap 5, 6): es inmolado, porque ha derramado su sangre por nosotros en el madero de la cruz; está en pie, porque ha vuelto para siempre a la vida y nos ha mostrado la omnipotencia infinita del amor del Padre. Tiene firme en sus manos las siete estrellas (cf. Ap 1, 16), es decir, la Iglesia de Dios perseguida, en lucha contra el mal y contra el pecado, pero que tiene igualmente derecho a sentirse alegre y victoriosa, porque está en manos de Quien ya ha vencido el mal. Camina entre los siete candeleros de oro (Ap 2, 1): está presente y actúa en su Iglesia en oración. Él es también el que « va a venir » (cf. Ap 1,4) por medio de la misión y la acción de la Iglesia a lo largo de la historia humana; viene al final de los tiempos, como segador escatológico, para dar cumplimiento a todas las cosas (cf. Ap 14, 15- 16; 22, 20).

(JUAN PABLO II, Exhortación postsinodal La Iglesia en Europa, n. 6)

Catq 8: Nos da su Espíritu, que nos une a Él y nos consagra

Jesús nos envía el Espíritu Santo para mostrar el amor de Dios

Objeto de la Catequesis:

Mostrar que en la venida del Espíritu Santo se realiza plenamente el designio salvífico de Dios. Jesús envía el Espíritu del seno del Padre para mostrar el amor de Dios, que se manifiesta de un modo privilegiado en el corazón humano. Ser conscientes de que el Espíritu sigue actuando hoy en la Iglesia. El único Espíritu se manifiesta en los distintos dones y carismas realizando la unidad de la Iglesia a través de diferentes ministerios.

Síntesis:

1. El acontecimiento de Pentecostés
2. El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento
3. Jesús es el Cristo, el Ungido por el Espíritu Santo
4. El cristiano recibe la unción del Espíritu Santo a imagen de Cristo
5. El Espíritu en la vida de la Iglesia

Texto:

1. El acontecimiento de Pentecostés

Es San Lucas, el autor del libro de los Hechos de los Apóstoles, el que describe lo que sucedió en Pentecostés:

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del

cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse. Había en Jerusalén hombres piadosos, que allí residían, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: "¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene, forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios". Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: "¿Qué significa esto?". Otros en cambio decían riéndose: "¡Están llenos de mosto!". Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó su voz y les dijo: "Judíos y habitantes todos de Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, sino que es lo que dijo el profeta: Sucederá en los últimos días, dice Dios: Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu. Haré prodigios arriba en el cielo y señales abajo en la tierra" (Hch 2, 1-19).

En Pentecostés se manifiesta el Espíritu Santo a los apóstoles. Es el Espíritu que Jesús había prometido que enviaría del seno del Padre: "Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre" (Jn 14,16). La promesa de Jesús "yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20) se cumple en su Espíritu. El Padre, que había enviado a Jesús en la encarnación, envía en Pentecostés al Espíritu Santo (Gal 4,4-6) que lleva a cumplimiento lo que Jesús había manifestado.

El Espíritu que aparece en Pentecostés con dones extraordinarios es el mismo Espíritu que se ha manifestado en toda la historia de la salvación: desde la creación hasta hoy. En el Antiguo Testamento ya se manifiesta este Espíritu, pero es en Cristo cuando el Espíritu se muestra en plenitud.

2. El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento

Hay unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Lo que se manifiesta claramente en la Nueva Alianza, a partir de la venida de Jesús a la tierra, ya aparece veladamente en la Antigua.

En el Génesis Dios crea el cosmos por su Espíritu "que aleteaba sobre las aguas" (Gn 1,2). Este mismo Espíritu es el que interviene, junto con el Padre y el Hijo, en la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26), es el Espíritu que Yahvé sopla sobre el barro modelado según el segundo relato de la creación del hombre (Gn 2,7).

El Espíritu se manifiesta en el Antiguo Testamento a través de personajes elegidos por Dios para ser los mediadores de su acción y de su vida. En los patriarcas el Espíritu se revela por medio de la bendición que reciben y transmiten de generación en generación. Abrahán, el primero de los patriarcas, es bendecido por el Dios que cumple con su promesa de una gran descendencia. Él recibe, a su vez, la vocación de bendecir a la posteridad.

Después de la época de los patriarcas, el pueblo de Israel, esclavizado bajo el poder egipcio recibe un nuevo mediador. Dios elige a Moisés para salvar a su pueblo, para que haga de puente entre Dios y el pueblo. Además, Moisés unge con el óleo santo a los sacerdotes de la tribu de Leví para que sirvan a Dios y a los israelitas a través del culto. En la Ley Dios manifiesta su Amor por el pueblo. Pero son los profetas los que reciben la inspiración del Espíritu Santo de un modo especial. El Espíritu viene y manifiesta a través de los profetas un mensaje (palabra) o les encomienda una acción (obra). Encontramos muchas veces que se dice: "Vino el Espíritu sobre." (p. ej. en 2Cro 15, 1; 20, 14; Jc 3, 10; 11, 29; 15, 14); "el espíritu de Yahvé revistió a." (Jc 6, 34; 1Cro 12, 19; 2Cro 24, 20). El Espíritu viene al elegido, lo reviste y le comunica un mensaje o le

encomienda una misión concreta, que puede ser temporal o permanente.

Los profetas anuncian a Cristo y preparan el camino para su venida. El último profeta, gozne entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, es Juan Bautista, el Precursor. Su nacimiento singular de una estéril (Isabel) será principio de su singular misión: señalar al Mesías. "Ve a Jesús venir hacia él y dice: He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29).

3. Jesús es el Cristo, el Ungido por el Espíritu Santo

Las profecías se cumplen en Jesús. Él es el Mesías anunciado por los profetas. Sus rasgos se manifestaron en los Cantos del Siervo de Yahvé (Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-10 y 52,13-53,12). Jesús se apropia la profecía de Is 61,1ss:

El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: "Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy". Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca (Lc 4, 18-22).

Cristo es el Profeta escatológico. Es profeta pero más que profeta. Es el Hijo de Dios que recibe también como hombre el Espíritu Santo. La misión de Jesús consiste en manifestar el amor del Padre a través de la predicación y de sus obras, signos y milagros. Así se manifiesta su designio de salvación: anunciar la Buena Noticia, liberar, curar. El poder del Espíritu Santo capacita a la humanidad de Jesús para ser cauce de la salvación de Dios.

Jesús es el Mesías, el Cristo, el "Ungido". Mesías (en hebreo) es lo mismo que Cristo (en griego) y significa "Ungido". El Padre unge a Jesús con el Espíritu Santo, como asegura Pedro: "Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10, 38). Es Dios Padre, la fuente en la Trinidad, que envía al Espíritu para que descienda sobre la humanidad de Jesús.

El Hijo de Dios ha recibido desde siempre la unción del Espíritu Santo por el Padre. La novedad, de la que habla Pedro en el texto de los Hechos de los Apóstoles, es que también Jesús, en cuanto hombre, recibe la unción del Espíritu. Por tanto en Jesucristo podemos distinguir dos unciones: la unción como Hijo de Dios, que recibe desde toda la eternidad, y la unción en su humanidad. Él es Cristo (=Ungido) desde siempre como Dios y, es Cristo (=Ungido) también como hombre desde la encarnación. A su vez, en su existencia humana, es ungido en distintos momentos por el Espíritu Santo.

El proceso de glorificación de la naturaleza humana se da en la propia carne de Jesús a través de toda su vida. San Lucas nos habla de este crecimiento de gracia: "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52; cf. Lc 2, 40). Desde niño Jesús crece no sólo físicamente, sino también en la acogida del Espíritu en su humanidad. Si bien la vida de Cristo desde su concepción es un ir recibiendo el Espíritu para que Éste vaya poseyendo la carne humana, hay momentos clave de ese progreso: la encarnación, el bautismo en el Jordán, la muerte y la resurrección.

En la encarnación el Verbo de Dios, sin dejar su divinidad, asume la carne humana por la acción del Espíritu Santo. El credo apostólico lo dice así: "concebido por obra y gracia del Espíritu Santo". De manera que el Hijo de Dios, tomando la carne y sin perder su condición divina, se hace hombre. Por la encarnación, en Jesús está presente y actuante el Espíritu Santo. Lo está en su divinidad (ahí no hay cambios) y comienza a hacerse presente en su humanidad: hay una presencia incipiente del Espíritu que ha intervenido en su concepción de María Virgen. Al encarnarse el Verbo asume la humanidad, toma la carne humana para divinizarla. Por tanto, el Verbo encarnado, en cuanto hombre, no tiene desde el principio la plenitud del Espíritu (en

cuanto Dios sí, pero no como hombre). El Verbo divino toma la carne para unirla con el Espíritu y llevarla a la gloria del Padre.

Después del bautismo en el Jordán recibe la unción del Espíritu con vistas a su misión de mediación entre Dios y los hombres. El Espíritu Santo se manifiesta a través de la humanidad de Jesús revelando su inmenso poder. La carne de Cristo, como también la letra de la Sagrada Escritura, es mediación privilegiada de la manifestación del Espíritu Santo. A través de la humanidad de Jesús el hombre de fe descubre la fuerza del Espíritu Santo, así como mediante la Escritura el creyente accede a comprender la Palabra de Dios desde el Espíritu Santo. Sólo desde la fe se puede acoger al Espíritu, escondido bajo los límites de la carne de Cristo y velado bajo la letra de la Sagrada Escritura.

La humanidad tiene carácter de mediación. Es tal la fuerza del Espíritu que su acción se transmite a través del cuerpo de Jesús, de todos sus miembros corporales, llegando incluso a la orla de su manto. El poder salvífico de Jesús se realiza a través de su humanidad, que es, en este sentido, sacramento (signo) de la acción de salvación de Dios con su pueblo.

La última etapa de la vida de Jesús es el misterio pascual. Solamente cuando Jesús resucita es glorificado plenamente también en su cuerpo. Cristo es plenificado por el Espíritu en la resurrección después de ser perfeccionado por la pasión y la cruz.

Todo esto tiene un sentido. El Verbo asume la carne para que el ser humano pueda ser glorificado por el Espíritu Santo y así participar de la condición divina. Si la "carne" (humanidad) de Cristo se va "espiritualizando", recibiendo progresivamente la efusión del Espíritu hasta la glorificación total, lo hace con el fin de que también todo hombre pueda ser glorificado en Cristo por la acción del Espíritu Santo.

4. El cristiano recibe la unción del Espíritu Santo a imagen de Cristo

Cristiano quiere decir ser discípulo de Cristo, ser "ungido" como Cristo, marcado con el sello del Espíritu Santo con una marca indeleble. Así la hizo el bautismo y luego la confirmación la consolidó.

¿Quién soy yo? Mi identidad viene dada por ser hombre y cristiano. Como ser humano he sido creado a imagen de Dios: soy hijo del Padre a imagen del Hijo por el Espíritu Santo. Como cristiano, por el bautismo soy hijo de Dios, miembro de Cristo al participar de su misterio pascual (muerte y resurrección), soy parte de su Cuerpo (la Iglesia) y soy Templo del Espíritu Santo.

Al ser creado he recibido una gracia natural: el don de ser moldeado por el Padre con sus manos (con el Hijo y el Espíritu Santo). Con el bautismo he sido re-creado. He recibido la gracia santificante. Es un nuevo don que se añade al de la creación. Es tanto el amor de Dios conmigo que ha querido asociarme más hondamente a su propia vida, no sólo concediéndome una naturaleza capaz de comunicarse con Él, sino también me hace posible ser otro Cristo, a imagen del Verbo encarnado.

Es el Espíritu Santo el que nos hace hijos en Cristo y sólo por su acción podemos llamar a Dios "Padre": "Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre!" (Gal 4,6). El lugar donde el Espíritu es enviado para habitar es el corazón humano, el alma, el espíritu, es decir: lo más profundo de nuestro ser. Dirá San Agustín que Dios es más íntimo que nuestra misma intimidad.

El ser humano, sin ser divino, tiene algo divino dentro que le hace capaz de comunicarse con Dios, de ser como Dios, de entrar en comunión con Él. Gracias a la presencia del Espíritu en el corazón el hombre pertenece a la familia de Dios como hijo suyo.

El Espíritu habita en nuestros corazones que han quedado sellados, pero en nuestra historia hay otras experiencias que quedan impresas en nuestra sensibilidad. Son experiencias que pueden

revelar el sello espiritual o velarla. ¿Qué experiencias revelan el don de Dios? Las que tienen que ver con la esencia de Dios: las vivencias de amor, acogida, entrega, comunión. En cambio velan la presencia del Espíritu en nosotros las experiencias de desamor, rechazo, desprecio, que vividas como fracasos, frustraciones y desengaños nos llevan a complejos, miedos, dudas. La experiencia del amor nos hace sentirnos seguros, pero las de desamor nos llevan a la inseguridad. Dios nos ha dado el don del Espíritu Santo para que vivamos en la seguridad- confianza de un amor incondicional.

5. El Espíritu en la vida de la Iglesia

El texto de los Hechos de los Apóstoles manifiesta la sorpresa de los que ven ese acontecimiento: "La gente se congregó y se llenó de estupor al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos y admirados.". El Espíritu se manifiesta cumpliéndose la profecía de Joel: "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu" (Joel 3,1-5).

Esta promesa se cumple en la Iglesia desde los principios. El Espíritu Santo es el don de Dios para la Iglesia: "Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hch 2,38). El don del Espíritu es la entrega amorosa del Padre y el Hijo. Hablar de don es hablar de gracia, amor, donación, entrega, que es la que desea Pablo a los corintios: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros" (2Co 13,13). El Espíritu Santo es la gracia, el amor de comunión que Dios entrega como don gratuito para nuestra salvación.

El don del Espíritu Santo tiene, como todo regalo, un donante y un receptor. El dador es la Trinidad. El receptor es todo hombre. ¿Y qué dona? La gracia, que no es una cosa, sino una presencia personal, la presencia de la tercera persona de la Santísima Trinidad, que es el mismo Espíritu del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo.

a) Los dones del Espíritu Santo

El don del Espíritu Santo se manifiesta de muchas maneras. Los "talentos" son las gracias espirituales que cada uno recibe "según su capacidad" (Mt 25,15). El don del Espíritu es único, pero multiforme. Inspirados en Is 11,1-3, la Iglesia ha concretado el único don del Espíritu en siete dones, que Dios concede para la santificación personal:

La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo. Los siete dones del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David. Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas. Tu espíritu bueno me guíe por una tierra llana (Sal 143,10). Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios... Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rm 8,14.17).

La docilidad a la vida en el Espíritu es una gracia que nos impulsa interiormente al bien, que nos mueve a abrirnos a Dios. Pero no siempre es fácil ser dócil al Espíritu Santo, porque hay tentaciones y también resistencias que tienen que ver con nuestras heridas del pasado. A veces aparecen bloqueos que imposibilitan la apertura. Es la experiencia de querer y no poder (querer abrirse al Espíritu, querer creer, esperar, amar, perdonar. pero no poder). Estas dificultades no impiden la vivencia de los dones, que nos permiten ser santos a imagen del que es el Santo. Veamos brevemente el significado de cada uno de estos dones.

El don de piedad es la gracia de saberse hijo de Dios, como Jesús (cf. Lc 3,21s). Este don nos lleva a la confianza, la audacia y la familiaridad con Dios. La conciencia de ser hijo lleva a la

infancia espiritual del que se abandona y se entrega confiadamente (como Santa Teresa del Niño Jesús).

El don de sabiduría es el impulso del Espíritu para gustar de las cosas de Dios como por connaturalidad, por una especie de instinto y de gusto por las cosas de Dios. Al igual que hay una sintonía entre, por ejemplo, el azúcar y las papilas gustativas que detectan el gusto dulce, así este don nos da la facultad de sintonizar con Dios. Esto en Jesús se daba de un modo espontáneo: gustaba en cualquier realidad de la presencia de Dios.

El temor de Dios es el don del Espíritu por el que reconocemos su misterio y nos postramos en adoración ante Él como criaturas. Es la actitud de Moisés al descalzarse en la tierra sagrada (Ex 3,5.6). El temor ante Dios se refiere al misterio trascendente, que hace temblar y llena de reverencia, y al mismo tiempo que atrae irresistiblemente y fascina.

El don de entendimiento es el impulso interior que procede del Espíritu para comprender la revelación que acogemos por la fe. Este don consiste en la ayuda del Espíritu para penetrar en las verdades divinas y así ir las comprendiendo más. Sin perder su carácter de misterio el don de entendimiento nos permite entrar en la razonabilidad de las cosas divinas.

El don de ciencia es la luz que el Espíritu da para entrar más en profundidad en el conocimiento de las cosas humanas. Mientras que el don de entendimiento nos ayuda a penetrar en las realidades divinas, el don de ciencia nos conduce a un conocimiento desde Dios de las realidades humanas. Este don nos ayuda a ir más allá de lo aparente, teniendo una mirada desde Dios.

El don de consejo es una luz por la cual el Espíritu Santo muestra lo que se debe hacer en el lugar y en las circunstancias presentes. Ilumina la conciencia en las opciones de la vida diaria. Ayuda para las decisiones y el discernimiento (del estado de vida, pero también ante qué hacer en un momento determinado).

El don de fortaleza es la fuerza de Dios para combatir frente a las tentaciones del mal espíritu, nos capacita para hacer el bien y evitar el mal y nos alienta para dar testimonio de la fe, incluso hasta la ofrenda final de la vida con el martirio. Con el don de fortaleza podemos realizar lo que hemos recibido en el don de consejo.

b) Los carismas

Junto con los dones desde los comienzos de la vida eclesial aparecen los carismas. "Carisma" significa en sí don gratuito de Dios, pero en San Pablo tiene un carácter técnico que designa manifestaciones extraordinarias del Espíritu (1Co 12, 4. 9; 28. 30; Rm 12, 6). Desde este sentido, mientras que el don es una ayuda para la santificación personal, los carismas son gracias que uno recibe con vistas a la edificación de la Iglesia.

Los carismas son dados para el bien de la comunidad, la construcción del Cuerpo Místico. Sin embargo, afecta al sujeto siendo para él fuente de fervor y, en definitiva, de santificación. Pero éste no es su fin primordial, sino una consecuencia. No están ligados al mérito personal: el Espíritu Santo los distribuye a quien quiere (1Co 12,11), según la utilidad de la comunidad y no las cualidades del sujeto. Suelen ser pasajeros, pero algunos constituyen una cualidad más o menos estable del sujeto (apóstol, profeta, doctor.).

Desde este sentido más técnico San Pablo enumera 4 listas de carismas: 1 Co 12, 8-10; 12,28-30; Rm 12, 6-8; Ef 4,11, que podemos estructurar en 3 categorías:

- Instrucción: carisma de apóstol, profeta, doctor, evangelista, exhortador, palabra de sabiduría, palabra de ciencia, discernimiento de espíritus, hablar en lenguas, don de interpretarlas.
- Alivio o consuelo: Carisma de fe, gracias de curaciones, poder de milagros, limosna, hospitalidad, asistencia.
- Gobierno: carisma de pastor, ministerio.

c) Los frutos del Espíritu Santo

Junto con los dones y carismas, están los frutos a través de los cuales se manifiesta la acción del Espíritu: "Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: 'caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad' (Ga 5,22-23, vg.)"

Estos frutos son los efectos concretos de la gracia del Espíritu. Nos permiten discernir si llevamos una "vida en el Espíritu" o "una vida en la carne", según describe San Pablo en Rm 8.

Oración: Ven, Espíritu divino

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,

lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.
Amén.

El mundo brilla de alegría.
Se renueva la faz de la tierra.
¡Gloria al Padre, y al Hijo, y
al Espíritu Santo!
Esta es la hora
en que rompe el Espíritu
el techo de la tierra,

y una lengua de fuego
innumerable
purifica, renueva, enciende, alegra
las entrañas del mundo.

Esta es la fuerza
que pone en pie a la Iglesia
en medio de las plazas
y levanta testigos en el pueblo,
para hablar con palabras
como espadas
delante de los jueces.

Llama profunda,
que escrutas e iluminas
el corazón del hombre:
restablece la fe con tu noticia,
y el amor ponga en vela la
esperanza
hasta que el Señor vuelva.

Textos complementarios: Catequesis 8

Palabra de Dios

Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos so hijos de Dios.

Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu e hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados. (Romanos 8, 14-17)

Nadie puede decir: "Jesús es Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de servicios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos.

En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. (1 Corintios 12, 3b-7. 12-13)

Andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne.

Si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la Ley. Las obras de la carne están patentes: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, celos, rencores, rivalidades, partidismo, sectarismo, envidias, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo,

como ya os previne, que los que así obran no heredarán el Reino de Dios.

En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, comprensión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí. Contra eso no va la Ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos. Si vivimos por el Espíritu, marcharemos tras el Espíritu. (Gálatas 5, 16-25)

Santos Padres

Mientras Cristo vivía corporalmente entre sus fieles, se les mostraba como el dispensador de todos sus bienes; pero cuando llegó la hora de regresar al Padre celestial, continuó presente entre sus fieles mediante su Espíritu, y habitando por la fe en nuestros corazones. De este modo, poseyéndole en nosotros, podríamos llamarle con confianza: "Abba, Padre", y cultivar con ahínco todas las virtudes, y juntamente hacer frente con valentía invencible a las asechanzas del diablo y las persecuciones de los hombres, como quienes cuentan con la fuerza poderosa del Espíritu.

Este mismo Espíritu transforma y traslada a una nueva condición de vida a los fieles en que habita y tiene su morada. Esto puede ponerse fácilmente de manifiesto con testimonios tanto del antiguo como del nuevo Testamento.

Así el piadoso Samuel a Saúl: Te invadirá el Espíritu del Señor, y te convertirás en otro hombre. Y san Pablo: Nosotros todos, que llevamos la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente; así es como actúa el Señor, que es Espíritu.

No es difícil percibir cómo transforma el Espíritu la imagen de aquellos en los que habita: del amor a las cosas terrenas, el Espíritu nos conduce a la esperanza de las cosas del cielo; y de la cobardía y la timidez a la valentía y generosa intrepidez de espíritu. Sin duda es así como encontramos a los discípulos, animados y fortalecidos por el Espíritu, de tal modo que no se dejaron vencer en absoluto por los ataques de los perseguidores, sino que se adhirieron con todas sus fuerzas al amor de Cristo.

(SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, Comentario sobre el evangelio de san Juan, Libro 10: PG 74, 434)

Catecismo de la Iglesia Católica

687 "Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1 Co 2, 11). Pues bien, su Espíritu que lo revela nos hace conocer a Cristo, su Verbo, su Palabra viva, pero no se revela a sí mismo. El que "habló por los profetas" nos hace oír la Palabra del Padre. Pero a él no le oímos. No le conocemos sino en la obra mediante la cual nos revela al Verbo y nos dispone a recibir al Verbo en la fe. El Espíritu de verdad que nos "desvela" a Cristo "no habla de sí mismo" (Jn 16, 13). Un ocultamiento tan discreto, propiamente divino, explica por qué "el mundo no puede recibirle, porque no le ve ni le conoce", mientras que los que creen en Cristo le conocen porque él mora en ellos (Jn 14, 17).

El Espíritu Santo, el Don de Dios

733 "Dios es Amor" (1 Jn 4, 8. 16) y el Amor que es el primer don, contiene todos los demás. Este amor "Dios lo ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5, 5).

734 Puesto que hemos muerto, o al menos, hemos sido heridos por el pecado, el primer efecto del don del Amor es la remisión de nuestros pecados. La Comunión con el Espíritu Santo (2 Co 13, 13) es la que, en la Iglesia, vuelve a dar a los bautizados la semejanza divina perdida por el pecado.

735 El nos da entonces las "arras" o las "primicias" de nuestra herencia (cf. Rm 8, 23; 2 Co 1, 21): la Vida misma de la Santísima Trinidad que es amar "como él nos ha amado" (cf. 1 Jn 4, 11-12). Este amor (la caridad de 1 Co 13) es el principio de la vida nueva en Cristo, hecha posible porque hemos "recibido una fuerza, la del Espíritu Santo" (Hch 1, 8).

736 Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos "el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza" (Ga 5, 22-23). "El Espíritu es nuestra Vida": cuanto más renunciemos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más "obramos también según el Espíritu" (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

Testimonio

"El evangelio de hoy -fiesta de la Santísima Trinidad- añade una afirmación particularmente importante:

Jesús promete el Espíritu de la verdad (cf Jn 16,13), que en el mismo discurso llama varias veces 'Paráclito'. ¿Qué quiere decir? En latín esta palabra se traduce con el término Consolador, el Consolador. El término latino significa, al pie de la letra, el que está con nosotros cuando estamos solos. Así nuestra soledad deja de serlo. Para el hombre la soledad es el espacio de la tristeza: el hombre necesita amor, y la soledad que no está iluminada por el amor, la soledad que es una pérdida de amor, amenaza al mismo tiempo la más íntima condición de nuestra vida. El no ser amados es el núcleo central del sufrimiento humano, de la tristeza de una persona. La palabra Consolador nos dice precisamente que nunca estamos solos, que nunca podemos sentirnos abandonados por el amor. Por medio del Espíritu Santo Dios ha penetrado en nuestra soledad y la ha quebrantado. Este es el verdadero consuelo, no un consuelo a base de palabras, sino un consuelo que tiene la fuerza de una realidad efectiva y eficaz. Precisamente a partir de esta definición de Espíritu Consolador, en la Edad Media se derivó el deber humano de entrar en la soledad de los que sufren. Los primeros antiguos hospicios y hospitales se dedicaban al Espíritu Santo: de este modo los hombres se encargaban de continuar la obra del Espíritu, se comprometían a ser 'consoladores', a entrar en la soledad de los que sufren y de los ancianos y a iluminarla.

¡Esta es la tarea que todos nosotros tenemos, también hoy, precisamente en nuestra época!"

(JOSEPH RATZINGER, Homilía para la fiesta de la Santísima Trinidad,
pronunciada el 6 de junio de 2004 en la catedral de Bayeux)